INSTRUCCIONES PARA CONVERTIRSE EN fascista

MICHELA MURGIA

Seix Barral

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Premisa necesaria sobre el método
Empezar desde el principio
Simplificar es demasiado complicado
Granjearse enemigos
Protégeme donde quiera que esté
En caso de duda, atiza
La voz del pueblo
No me olvides
Fascistómetro
- Entre 0 y 15: aspirante
- Entre 16 y 25: neófito o filofascista
- Entre 26 y 35: iniciado o «no soy fascista, pero...»
- Entre 36 y 50: militante consciente
- Entre 51 y 65: patriota
- Para evitar malentendidos

Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Instrucciones para convertirse en fascista es un libro urgente que viene a despertar conciencias y a provocarnos, a ponernos en guardia, pero también a enfrentarnos a un espejo para mirar directamente la parte más oscura que habita en cada uno de nosotros.

Bajo la falsa apariencia de un manual, la autora reflexiona acerca del auge de los movimientos de corte neofascista, explora por qué la gente se siente atraída de manera creciente hacia ellos, y hace una poderosa llamada de atención: no querer reconocer que «ya están aquí» o la importancia que tienen ya no es una opción; a veces subestimamos e incluso ridiculizamos al votante de estos partidos sin llegar a entender o profundizar en aquello que los mueve, otras veces nos atenaza el simple miedo de ser tachados de antidemocráticos si no toleramos otras opiniones.

La autora se mueve con gran talento entre la ironía y la provocación: además de las instrucciones que desgrana en el texto para llevar a cabo la «conversión» en fascista de manera exitosa, propone un divertido ejercicio al final del libro, el fascistómetro que pone frente al espejo a aquellos que creen que el fascista siempre es el otro: ¿qué grado de fascismo hay en nuestra sociedad, en nuestro entorno y en nosotros mismos?

INSTRUCCIONES PARA CONVERTIRSE EN FASCISTA

Michela Murgia

Traducción del italiano por Ana Ciurans Ferrándiz

Seix Barral

Para Francesco y Angelica,
y ya es tarde

PREMISA NECESARIA SOBRE EL MÉTODO

Escribo contra la democracia porque es un sistema de gobierno fatalmente defectuoso desde su origen. No es cierto lo que dijo Winston Churchill, esto es, que la democracia es el peor sistema de gobierno, a excepción de todos los demás. La verdad es que la democracia es el peor sin excepciones, pero no es fácil decirlo abiertamente a pesar de que la experiencia cotidiana lo demuestre de sobra.

Este libro nace para evidenciar no sólo que la democracia es inútil, e incluso perjudicial para la convivencia, sino también para probar que su alternativa más experimentada —el fascismo— es un sistema de gestión del Estado mucho mejor, menos caro, más rápido y más eficiente. Este texto quiere ser un instrumento de comprensión útil sobre todo para la clase más culta, extenuada por la democracia, porque nunca ha sido necesario explicar a las masas populares que el fascismo es mejor. Con la sabiduría secreta que lo caracteriza, el pueblo llano ya lo sabe, y, en efecto, cansado de la ineptitud del sistema democrático a la hora de resolver sus problemas, vuelve periódica y voluntariamente al fascismo de manera casi espontánea.

Y no digo *casi* por decir, porque a veces el fascismo tiene que poner un poco de su parte para reafirmarse; como al principio de su parábola histórica, cuando las democracias tienden a ser muy hostiles con él y emplean los métodos más descarados para contrarrestarlo, como promulgar leyes que lo ilegalicen. Sin embargo, y por suerte, el fascismo sabe esperar. Es como un herpes —de los organismos primitivos se aprende más que de ningún otro—: puede resistir durante décadas en la médula de la democracia haciéndole creer que ha desaparecido para rebrotar más

combativo que nunca a la primera y previsible señal de debilitamiento de su sistema inmunitario.

Una democracia joven, sobre todo si ha surgido de una guerra o de una revolución civil, reaccionará con firmeza al fascismo, pero una democracia, pongamos por caso, de unos setenta años, habrá perdido gran parte de su memoria original y habrá enterrado a los testigos oculares que sostenían su retórica con su relato. Además, se habrá desgastado y corrompido lo suficiente como para hacer concesiones cada vez más significativas a otros sistemas de gobierno. Cuando esto ocurra, si el fascismo es astuto y sabe aprovechar la ocasión, podrá llegar a gobernar Estados enteros sin necesidad de empuñar las armas. Serán los instrumentos propios de la democracia los que le permitirán imponerse y, en última instancia, prevalecer.

Sin duda, en este preciso momento histórico, existe una variedad extraordinaria de instrumentos para controlar a las masas con la que ningún fascismo del siglo pasado contaba, y eso nos permite experimentar algo inédito: surgir del corazón de un sistema democrático con décadas de antigüedad y dominarlo sin tener que recurrir a una acción militar interna o externa. Mediante la manipulación de los instrumentos democráticos se puede convertir en fascista a todo un país sin siquiera llegar a pronunciar la palabra *fascismo*, que podría suscitar cierta hostilidad incluso en una democracia desvaída. Para ello, hay que conseguir que el lenguaje fascista sea aceptado socialmente en todos los discursos y que sea aplicable a todos los temas, como si se tratase de un recipiente sin etiquetas —ni de derechas ni de izquierdas— que puede pasar de mano en mano sin que el poseedor deba tener necesariamente algo que ver con su contenido.

El contenido. He aquí el problema fundamental. No se puede ocultar el hecho de que sea problemático, y en este aspecto, al menos en la fase inicial, no será fácil ganarle el desafío a la democracia. Atrás quedaron los tiempos en que se podía afirmar de manera explícita la superioridad de una

raza o decir sin tapujos que no todas las opiniones tienen derecho a ser expresadas, sobre todo si son contrarias a los intereses del Estado. Son cosas que se pueden pensar, obviamente, e incluso manifestar en determinadas circunstancias, pero proponerse como un sistema que las afirma en su manifiesto político al principio podría resultar complicado. Por ese motivo, en estas páginas no encontraréis nada que pueda definirse como *ideas fascistas*. Intentar exponer el fascismo en el plano ideológico es un proceso tan largo, complicado y conflictivo que al final se revela inútil. Demasiados años de retórica. Demasiados días de la Memoria. Demasiada palabrería ideológica sobre la Resistencia, esa que ha hecho posible que todos se acuerden del abuelo partisano y olviden al abuelo fascista. Entrar en el contenido no es productivo; en cambio, si se actúa sobre el método, las cosas vienen rodadas.

Y es que, en política, método y contenido coinciden, por eso el método fascista tiene el mismo poder que la transmutación alquímica: si se aplica sin prejuicios ideológicos, transforma en fascista a cualquiera que lo haga suyo, pues, como diría Forrest Gump, fascista es el que hace *fascistadas*. Y las que siguen son, por consiguiente, instrucciones de método y, especialmente, instrucciones de lenguaje, que es la infraestructura cultural más manipulable que poseemos. ¿Por qué razón se deberían derrocar las instituciones si para obtener el control basta con cambiar el sentido de una palabra y ponerla en boca de todos? Las palabras generan comportamientos, y quien controla las palabras controla los comportamientos. Es a partir de ahí, de los nombres que damos a las cosas y del relato que construimos, que el fascismo puede encarar el desafío de volver a ser contemporáneo. Si logramos que cada día un demócrata use una palabra que le hemos proporcionado nosotros, podemos ganar. Y lo conseguiremos.

Fiel a su humilde objetivo didáctico, este libro propone, a modo de conclusión, un pequeño cuestionario para medir el grado de aprendizaje

alcanzado y valorar los progresos en la adhesión al fascismo.

EMPEZAR DESDE EL PRINCIPIO

Para convertirse en fascista, lo primero que hay que hacer es olvidarse de la palabra *líder* tal como se entiende en los sistemas democráticos. Ninguna democracia, forma de gobierno que persigue la utopía de que todos somos iguales, ha podido escapar a la contradicción que supone organizar la igualdad de manera jerárquica. Los demócratas también saben que un guía superior es indispensable, pero pretenden elegirlo y controlarlo con tantas ataduras y vínculos que la persona que debería guiarlos acaba siendo la que tiene menos poder de todas. La democracia se ha apropiado del significado más profundo del concepto de guía que se oculta tras la palabra *líder* —en alemán, *Führer*— y lo ha falsificado a su imagen y semejanza. El que originariamente era un plenipotenciario carismático ha acabado por asumir la forma de un representante débil y temporal que está a merced del viento electoral, obligado a soportar la vergüenza de ser elegido, además de por los ciudadanos, por su propia comunidad política. Y a pesar de que llaman *primarias* a estas consultas demenciales, lo que surge de ellas siempre es secundario, porque la fuerza del recuento de base es demasiado variable: hoy tienes el consenso y mañana ya no lo tienes. Todo es inestable, y la inestabilidad en el gobierno es el primer defecto de la democracia.

¿Qué palabra alternativa puede ofrecer el fascismo al concepto débil y confuso de «líder»? Muy sencillo: *jefe*. No se trata de cambiar la palabra, es más, todos podemos seguir llamándolo *líder* tranquilamente; lo importante es que quede bien clara la diferencia entre ambas funciones. El líder inspira e indica una dirección, pero sufre la gran desventaja de que en una democracia las personas pueden seguirla o no. Y si se convencen de que

pueden no hacerlo, tened la certeza de que no lo harán. Un líder que puede ser criticado no tiene ningún poder real. El verdadero jefe, en cambio, no negocia. Ordena la dirección que hay que seguir y es el primero que la toma demostrando que es capaz de anticiparse a las expectativas de sus seguidores. La inspiración es bonita y todo eso, pero es cosa de poetas, no de políticos. Para gobernar se necesita a alguien decidido que no dude a la hora de arrastrar a los suyos y de arrasar los obstáculos que le impidan avanzar utilizando todos los medios que tenga a su disposición.

El problema del líder democrático es que discute con quien le plantea opiniones contrarias dotándolas así de la misma dignidad que las suyas, de modo que a la hora de tomar una decisión los opositores lo deslegitiman. El jefe, en cambio, es sincero, leal, no finge que toma en consideración las numerosas opiniones contrarias que surgen alrededor de las personas que están al mando, y por esta razón sus decisiones no son negociables. Cuando gobierna, puede ganar o perder, pero al jefe hay que obedecerlo en cualquier caso, porque quienes no obedecen minan desde la raíz las posibilidades de conseguir la victoria. La diferencia entre el débil líder democrático y el jefe es ésa: con el jefe no se discute, porque si tuviera que discutir con quien no piensa como él en un país en el que todos se creen entrenadores de la selección nacional, ¿cuándo tomaría las decisiones?

La segunda ventaja de tener un jefe es la rapidez de actuación. Que quien empuña el bastón de mando posea una mayor cuota de libertad garantiza un ahorro de tiempo considerable a la hora de tomar decisiones: con cuanta menos gente haya que consultar, más rápido se podrán tomar; cuanta más representación otorgue la democracia a las minorías políticas, más despacio actuará el ejecutivo, lo cual será percibido por el pueblo como un inmovilismo insoportable. Pero si el pueblo tardara mucho en comprender que la culpa de esta ineficacia es imputable a la lentitud democrática, habrá que aprovechar todas las ocasiones que se presenten para denigrar el

parlamentarismo, sobre todo en su composición proporcional, y proponer como solución más eficaz el presidencialismo, por ejemplo. Será preciso hacer leyes electorales que favorezcan la concentración de votos en figuras individuales fuertes para polarizar el consenso o, cuando menos, bipolarizarlo. Será fundamental reducir, o mejor anular, las autonomías territoriales, incluso mediante las reformas constitucionales oportunas, para que las decisiones estructurales se tomen sin la concurrencia de un debate o con su mínima expresión.

Mermar los espacios de participación desde la base (secciones de partido, comisiones, comités, procesos participativos) será útil para reafirmar la idea de que quien gobierna tiene que actuar con la mayor libertad posible, so pena de no concluir nada útil. Podría tardar mucho, pero una vez restablecido el concepto de «jefe», éste actuará con la misma fuerza que nos impulsa a amar a los héroes y a convertirnos en seguidores de personajes públicos que enaltecen modelos ya no de inspiración («querría actuar como él»), sino de aspiración («querría ser como él»). Por eso es importante repetir que los órganos de negociación democrática son trabas burocráticas que no sirven para nada; es más, que impiden la adopción de decisiones reales. A fuerza de oírlo decir, cualquiera concluirá de forma natural que la concentración de poder en manos de un hombre fuerte que sabe lo que hay que hacer sería mucho más eficaz que pedir continuamente la opinión inútil de un país débil.

También hay que considerar el aspecto económico. Es evidente que un solo hombre al mando cuesta mucho menos que un guía que esté obligado a dialogar continuamente con las personas a las que dirige. De hecho, la democracia, al tener muchos niveles de verificación y de debate entre las diferentes posiciones, necesita representarlas a todas simultáneamente, lo cual, además de ser una pérdida de tiempo, supone pagar a los innumerables representantes del pueblo. El jefe, en cambio, sale barato porque decide

solo o con un grupo reducido de personas de confianza. El hecho de llamarlo *grupo de los elegidos*, *consejo de hombres sabios* o *círculo de personas de confianza* es indiferente, lo que cuenta es que cuantos menos sujetos decidan, más barato resultará. Si estuviéramos en tiempos aptos para llamar a las cosas por su nombre, habría que reconocer que el sistema menos costoso es la dictadura, puesto que financia a una sola persona. Pero como aún estamos muy lejos de ese nivel de administración virtuosa de los recursos, poner a un jefe que decide junto a un grupo reducido de personas ya sería un progreso con respecto al coste actual.

Mientras tanto, seguir haciendo hincapié en lo que nos cuesta una administración democrática resultará de utilidad para sentar las bases de su eliminación. Recordar lo que cobran los parlamentarios, pedir sin cesar la reducción de sus salarios, de sus sueldos vitalicios y de cualquier forma de financiación de los partidos es un tema que garantiza un consenso transversal, porque todos estamos de acuerdo en que los políticos nos salen demasiado caros. A fuerza de repetirlo, la idea de que es la democracia misma la que cuesta demasiado se filtrará incluso entre los demócratas.

No obstante, contar con un jefe en lugar de con un líder tiene una ventaja todavía mayor: los gobernados se adaptan a quien gobierna activando así un proceso en el que, al cabo de un tiempo, todos acaban pareciéndose. El pueblo que tiene un líder será belicoso, pretenderá que lo escuchen, discutir las decisiones que no le gustan, intentará que no haya consenso, será irrespetuoso con la autoridad, se manifestará y se quejará, no mostrará agradecimiento ni obediencia. En cambio, el pueblo que invoca a su jefe confía en él y se pone en sus manos, reconoce que quien toma las decisiones tiene una visión más amplia, no pone trabas continuamente, y si se manifiesta, es para apoyar y aplaudir a quien tiene la ardua tarea de mandar.

El pueblo que reconoce a alguien como jefe vive más tranquilo, se pone en sus manos y obedece al deseo del amo que vive secretamente en cada uno de nosotros, esa *servidumbre voluntaria* cuya fuerza no pudo negar ni siquiera Étienne de La Boétie cuando en el siglo XVI prevenía a los pueblos del peligro, como él lo definía, de la dictadura. En su *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, De La Boétie decía que «cada vez que nombramos en singular la pluralidad social, nos disponemos a favorecer la tiranía». ¡Ojalá fuera verdad! Sin embargo, la triste realidad es que, para un fascista contemporáneo, eso se ha convertido en un objetivo utópico. Atrás quedaron los tiempos en que un caudillo, un rey o un magistrado romano podía gobernar él solo a todo un pueblo. No obstante, la *esclavitud voluntaria* puede explotarse para limitar, al menos en parte, el pluralismo y podar un poco las instituciones democráticas reduciendo todo lo posible las fuerzas en juego. Una vez que se ha educado al pueblo para que se reconozca en un jefe, el segundo paso es mantener el consenso mediante una comunicación eficaz y lo más banal posible. Sí, *banal*, habéis leído bien.

SIMPLIFICAR ES DEMASIADO COMPLICADO

La democracia tiene la característica disparatada de ser un sistema de gobierno fundado en la discrepancia en lugar de en el consenso. Esto, por desgracia, significa que cada individuo está convencido de que el resto no ve la hora de escuchar su opinión. Tantos años de democracia han echado a perder al pueblo y lo han acostumbrado a creer que pueden existir posiciones discrepantes incluso entre los miembros de un mismo gobierno, y que parte del tiempo que debería emplearse en gobernar tiene que dedicarse continuamente a debatir, con la comprensible ineficiencia que esto supone.

No hace mucho tiempo teníamos un método eficaz para resolver el caos que generaba esta pretensión indisciplinada de que todos debemos ser escuchados: el fascismo identificaba a los disidentes y los hacía callar relegándolos en lugares aislados o metiéndolos directamente en la cárcel, donde nadie podía oírlos (con Gramsci funcionó a la perfección); o bien les hacía comprender, por las buenas o por las malas, que era mejor llevarse bien con el jefe en vez de proponer continuamente opiniones nuevas que entorpecían a quien intentaba hacer que el país funcionara mejor.

Por desgracia, con la llegada de internet las cosas han cambiado drásticamente. Aunque se destierre a alguien a una isla, hoy en día hay que cerciorarse de que en esa isla no haya cobertura, porque cada espacio de la red, cada intervención en las redes sociales y cada retransmisión en *streaming* anula las distancias y multiplica las voces haciendo que sea imposible cerrar la boca de cualquiera. Este hecho es, sin duda, un problema, pero para el fascismo un problema también puede ser una

oportunidad, y cuando el caos no puede controlarse hay que sacar tajada de él.

Si en la actualidad el obstáculo que impide el desarrollo del fascismo es que todo el mundo —no sólo el jefe— tiene la oportunidad de expresarse y ser escuchado, quizá la solución más fascista sea precisamente dejar que hablen. Pero siempre. Y todos. A la vez. Acerca de todo. Sin establecer la más mínima jerarquía entre las opiniones. Si millones de personas que antes tenían la televisión y los periódicos como punto de referencia ahora se pasan la vida en las redes sociales comentando, compartiendo, asintiendo o discrepando, no hay ningún motivo para impedírselo, porque el hecho mismo de que todo el mundo lo haga convierte sus opiniones en algo indistinto. En definitiva, en algo irrelevante.

¿Que la democracia sostiene que todos somos iguales? Pues dejemos que lo demuestre intentando que todas las opiniones se perciban como iguales. Si convencemos a todo el mundo de que todas las opiniones valen lo mismo, al final nadie valdrá más que nadie y todo, ideas y personas, será perfectamente intercambiable, como si se extrajera al azar de una baraja de cartas idénticas. Es preciso, pues, minar todo principio de jerarquía entre las opiniones a fin de que no se pueda distinguir entre lo verdadero y lo falso en función de quien lo afirma. Pero para hacerlo es esencial desacreditar a las figuras públicas que poseen una autoridad moral o científica, es decir, a los que creen saber más que el resto.

¿Los médicos? Siervos de la industria farmacéutica. ¿Los expertos en climatología? Alarmistas irresponsables. ¿Los estadistas y los economistas? Manipuladores al servicio de la casta. ¿Los escritores? *Radical chic*. Es más, ser un «intelectual» deberá convertirse en una desventaja; al fin y al cabo, nadie ha entendido nunca la verdadera función de los intelectuales. ¿Saben o entienden más que los demás? Si son demócratas, deberían avergonzarse sólo de pensarlo. Gracias a esta anulación total de la

experiencia y de la competencia, no se escuchará la opinión de nadie pese a que todos expresen la propia, y el resultado será que los nuevos medios de comunicación estarán bajo el control de los mismos que controlan los medios tradicionales, pero con la ventaja de que todos tendrán la sensación de estar expresando sus propias ideas en lugar de siendo silenciados. Expresar la discrepancia será democrático, pero la discrepancia por sí sola, por suerte, no produce democracia si no pone en marcha un cambio.

Los medios de comunicación sociales ocultan otro potencial que puede revelarse muy útil en la construcción del fascismo: son púlpitos desde los cuales se puede hablar directamente a los ciudadanos sin pasar por los mediadores sociales, que a menudo distorsionan el sentido del mensaje. Fuera periodistas al servicio del enemigo. Fuera preguntas tendenciosas. Fuera entrevistas en los periódicos, que ya nadie lee. Es mejor llegar directamente al pueblo en persona y sin formalidades, de manera desenfadada, al estilo de *Cartas al jefe*, como el consultorio sentimental de las revistas femeninas de antaño.

De esta manera, el jefe dará la impresión de escuchar todas las peticiones, pero en realidad será él quien elija a quién quiere responder y a quién no, como es justo que sea. Por desgracia, esto no implicará la desaparición de los periodistas o, cuando menos, no enseguida. Éstos podrán continuar haciendo preguntas como todo el mundo, pero sus signos de interrogación contarán como los de cualquiera, y si sus preguntas quedan sin respuesta, se perderán en el rumor de fondo de la red. Las respuestas del jefe, en cambio, se compartirán miles de veces, porque no es verdad que todos seamos iguales en los nuevos medios de comunicación. Si no eres nadie, eres igual que los demás don nadie, pero si los utilizas desde una posición de poder, el poder seguirá acompañándote. Si se usan de manera fascista, todos los instrumentos serán útiles al fascismo.

Una de las innegables ventajas de estos instrumentos es que son mucho más eficientes cuando se quiere transmitir mensajes breves, claros y fácilmente memorizables. Ya basta de interpelaciones parlamentarias, explicaciones públicas, largos debates televisivos o páginas interminables en los periódicos para comprender lo que ocurre entre bastidores. Son inútiles y contribuyen a aumentar la confusión.

Las personas corrientes, que en democracia se ven obligadas a interesarse, informarse y decidir, con el fascismo vivirán en paz, se ocuparán de sus asuntos y podrán delegar tranquilamente en el jefe todo lo demás. Por eso, informarles con detalle de todo lo que ocurre es una pérdida de tiempo; es suficiente con contarles lo justo y necesario para permitir que se encomienden a quien decide. Tampoco es necesario decirles siempre la verdad, porque la verdad aislada no existe. Es un dato político, no un dato real, y por lo tanto quien gobierna la política también gobierna la verdad.

A diferencia de lo que ocurre con la democracia, con el fascismo la finalidad de la comunicación no es hacerse entender, sino repetirse; por consiguiente, tenemos suerte de ser fascistas en la era de internet. Nos ahorramos trabajo, porque los instrumentos están concebidos precisamente para eso. ¿Qué otra cosa es compartir sino repetir hasta el infinito un solo mensaje procedente de una sola fuente? Si se facilitan unas cuantas consignas y unos pocos eslóganes sencillos —tanto mejor si pueden transformarse en un *hashtag*—, todo el trabajo que años atrás hacía el ministerio pertinente lo harán de forma voluntaria los mismos ciudadanos, con la ventaja añadida de que creerán que ellos son el origen del mensaje y no sus destinatarios.

A estas alturas se podría pensar que es objetivo del fascismo comunicar mensajes sencillos a través de las redes sociales, pero sería un gran error; por otra parte, uno de los preferidos de los demócratas. No hay que simplificar la complejidad, sino *banalizarla*. Simplificar, además de ser

complicadísimo, significa «quitar lo superfluo y quedarse con lo esencial»; pero lo superfluo es precisamente lo que genera el rumor de fondo tan útil para convertir en iguales todas las voces y neutralizar la maldita discrepancia.

Lo que hay que hacer, en cambio, es producir muchos mensajes banales. Una marea. Al banalizar, en efecto, se priva al pueblo de lo esencial, que es lo que le compete al jefe, y se le deja lo superfluo, lo cual permite a las personas hablar de cualquier cosa salvo de lo que no es necesario saber para vivir bien. No es difícil. Para cada situación complicada existen al menos veinte ideas diferentes acerca de cómo resolverla, pero, por lo general, un solo gran temor. Encontrarlo y lanzar un mensaje acerca de ese gran temor es mucho más eficaz que tratar de simplificar las veinte soluciones que, en cualquier caso, no le interesan a nadie. La gente quiere que la tranquilicen, no que la impliquen en la búsqueda de soluciones, porque el temor es común a todos, pero la solución es prerrogativa del jefe. Si hay una insatisfacción difusa y el jefe todavía no ha dado con la solución, la mejor banalización estratégica es dar al pueblo un enemigo al que culpar.

GRANJEARSE ENEMIGOS

No se convierte uno en fascista sin un enemigo, porque el fascismo, para proponerse, debe oponerse. Alguien podría apuntar que en eso es igual que la democracia, porque, al fin y al cabo, cada vez que se vota, se vota a unos en contra de otros. Pero no es exactamente así, porque los demócratas no saben renunciar a la idea de legitimar las diferencias de pensamiento y siguen siendo inexplicablemente generosos con los opositores. No llaman, pues, *enemigo* a su antagonista político, sino *adversario*, una figura inútil y fastidiosa que por más que tenga ideas diferentes sigue estando dentro de la dialéctica del reconocimiento; es algo parecido a un combate de kárate, en el que después de propinarte una paliza, saludas al contrincante con una inclinación de la cabeza.

En democracia nadie niega al adversario la posibilidad de decir lo que piensa, organizarlo, presentarlo bajo la forma de un programa político y pedir consenso. El adversario es alguien con quien la alternancia de gobierno se prevé nada menos que como un acontecimiento verificable, por más que cada uno espere hipócritamente que su antagonista nunca llegue a gobernar. Pero, aunque pierda, en democracia el adversario sigue estando en medio, en la oposición. Nunca te libras de él, siempre está ahí, controlando lo que haces, destacando tus errores, recordándoles a todos tus promesas incumplidas y obligándote a estar a la altura de tus afirmaciones. En cualquier otra situación de la vida, nadie querría tener a su lado a alguien tan pesado; en cambio, en democracia se permite que semejantes sujetos frecuenten el lugar donde se toman las decisiones que afectan a la vida de

todos. No es de extrañar que después se diga que es el peor sistema de gobierno.

Esta propensión, sin duda estúpida, que tienen los demócratas a legitimarlo todo es muy útil para el fascismo. Si nos presentamos a las elecciones teniendo la precaución de evitar decir explícitamente «somos fascistas», existen muchas posibilidades de que los tontos de los demócratas nos dejen presentar la candidatura, hacernos con los votos e incluso gobernar, convencidos de que somos simplemente un adversario portador de ideas un poco diferentes. Como pasó en Troya, no es necesario sitiarla, basta con construir un caballo de madera y serán las mismas instituciones democráticas las que nos abrirán sus puertas. Presentarse como el adversario es el caballo de Troya perfecto.

«¿De verdad que los demócratas progresistas y conservadores estarían dispuestos a creer que no somos fascistas?», os preguntaréis justamente. Por supuesto, y la razón es obvia: en el fondo quieren creer con todas sus fuerzas que el fascismo no existe, que es un fenómeno histórico superado y que no hay ninguna posibilidad de que vuelva a surgir. Por consiguiente, de manera espontánea harán caso omiso de todas las señales que podrían obligarlos a levantar acta del hecho de que siempre hemos estado aquí, de que nunca nos fuimos y de que llevamos años reorganizándonos. Nos llamarán *nostálgicos*, *nuevas derechas*, *nacionalistas* o de otras maneras, pero serán ellos los que evitarán pronunciar la palabra *fascistas*, porque esa palabra no nos despierta a nosotros, pues nosotros estamos muy despiertos, sino a sus fantasmas.

Si, a pesar de ello, alguien recogiera la indirecta y pronunciara ese nombre, con o sin el prefijo *neo*, y pretendiera —contradictoria e incoherentemente— que se nos impidiese participar en las elecciones, tener sedes o incluso que se nos imputara el delito de apología del fascismo, el caballo de Troya se revelaría entonces plenamente funcional. Bastará con

que gritemos indignados: «¡Es evidente que no sois demócratas de verdad! En realidad, pretendéis reprimir a quien no piensa como vosotros, a los diferentes, el pluralismo y las opiniones contrarias a las vuestras», y sucedería lo inverosímil, esto es, que siendo las democracias mecanismos defectuosos, acusarlas de ser antidemocráticas provocaría un cortocircuito en su interior, y los demócratas incluso podrían llegar a creer que los fascistas son ellos porque no permiten que nos expresemos. Ésta es la maravilla de la democracia: que, a diferencia del fascismo, siempre puede ser usada contra sí misma.

La jugarreta de hacerse pasar por adversario de los demócratas resulta útil para entrar en el sistema, pero, una vez dentro, hay que actuar sin tapujos: no existen adversarios, sino enemigos. El enemigo no da lugar a equívoco, y no nos referimos a alguien que forma parte del sistema, sino a su anomalía, a su cáncer. Dejad que sean los demócratas los que llamen *adversario* al antagonista, sobre todo si el adversario sois vosotros, pues cada vez que os nombran os legitiman como parte del sistema. Vosotros, en cambio, empezad lo antes posible a llamar a los antagonistas por su nombre: *enemigos*.

No es difícil. A diferencia del adversario, que tiene la fastidiosa inclinación a manifestar una personalidad reconocible, el enemigo no posee una identidad precisa, es más, a menudo ni siquiera tiene nombre y apellidos, por eso puede ser encarnado por categorías genéricas y vagas como *los inmigrantes*, *los musulmanes*, *los mercados*, *los buenistas*, *los defensores de las políticas de género*, *los turbocapitalistas*, *los anarcoinsurreccionalistas* o *las feministas*. Esto permite llamar *enemigo* prácticamente a cualquiera, incluso a quien ni siquiera sabe que existes. La ventaja es que puedes luchar contra él de manera absolutamente unilateral, porque sigues sacándole partido sin importar su reacción, basta con que exista (y a veces ni siquiera eso).

Para que el cambio de adversario a enemigo resulte eficaz, hay que desechar todas las sutilezas propias del combate oriental que forman parte del sistema democrático. El enemigo no es respetable, porque de lo contrario no puedes destruirlo, siempre debes parar antes de poner punto final al enfrentamiento para volver a empezar, y así hasta el infinito. Para que a quien escucha le quede claro que el vocabulario fascista no es la inútil palabrería democrática, hay que desfigurar al enemigo y, si es posible, deshumanizarlo, identificándolo, por ejemplo, con animales a los que el ser humano asocia con características negativas. Son perfectas las expresiones como *parásito*, *burro*, *gusano*, *tiburón*, *perra*, *buitre*, *cerdo*, *rata*, *mono* y *cucaracha*. *Cuervo* también funciona, pero, según las circunstancias, un genérico *bestia* siempre es eficaz. Si no se quieren emplear animales, se pueden utilizar motes que deformen el nombre o que pongan en evidencia un defecto físico designando la parte por el todo. Si es bajo, se le puede llamar *enano*, si tiene un apellido asonante, se puede trabucar, y si es negro, se puede hacer guasa acerca de su bronceado. En caso de que la indignación se desate, basta con decir que se trataba de una broma y que, en cualquier caso, esta clase de lenguaje forma parte de la libertad de expresión o de la sátira, que en democracia no suele tener más consecuencias. Pero, mientras tanto, ese nombre trabucado, ese mote o ese defecto físico ya han entrado en la cabeza de todos, y el que hasta ayer era un adversario respetable se ha convertido en objeto de burla, de denigración y de odio. En otras palabras, en un verdadero enemigo.

El segundo paso, después de la desacreditación, es la atribución de culpa. Con el adversario siempre es un poco complicado, porque como posee personalidad propia e ideas y acciones específicas, sólo se le puede culpar de algo que efectivamente haya hecho, a ser posible demostrándolo. Al enemigo, en cambio, como tiene una identidad genérica, se le puede imputar con tranquilidad cualquier cosa en virtud del principio de la

responsabilidad comunicante, según la cual sus culpas individuales pueden transferirse en bloque a toda su categoría de pertenencia. ¿Que un negro viola a una chica? Todos los negros se convierten en violadores. ¿Que un musulmán irrumpe en una zona peatonal mientras grita «Allahu Akbar»? Todos los seguidores de Mahoma se convierten en terroristas potenciales, incluido el panadero paquistaní que en su vida no ha empuñado otra cosa que la pala para el horno. Esta mudanza moral obviamente no tiene que aplicarse a las buenas acciones, que incluso cuando reciben el reconocimiento público no deben perder su carácter de excepciones a la regla del mal comportamiento de la categoría.

Dado que no somos tontos como los demócratas, será oportuno concretar para evitar que alguien intente utilizar contra nosotros nuestras armas retóricas, y para ello es indispensable impedir cualquier generalización negativa que nos afecte. Siempre debe darse por sentado el hecho de que todos los que se nos parecen son buenas personas, salvo prueba en contrario, e incluso si alguien empuña una escopeta y va disparando por ahí, no sólo es una excepción a la regla, sino que hay que tildarlo de elemento incontrolado, de loco que ni siquiera puede ser considerado responsable de sus actos; impensable, pues, que la responsabilidad recaiga sobre los demás.

En este juego retórico, un italiano blanco que viola a una mujer se representará siempre y sólo a sí mismo, mientras que un inmigrante negro representará a todos los negros y también a todos los inmigrantes. Para reforzar la construcción del enemigo, también será útil inculcar la idea de que el mismo delito da mucho más asco si lo comete un inmigrante en vez de un italiano, así reafirmamos el concepto de que el enemigo no es mejor que nosotros en nada, sino peor en todo. E igual, jamás.

Este relato del enemigo nos exime de toda exigencia dialéctica. Ante ellos no es necesario manifestar desaprobación ni saludarlos deportivamente al

final del combate. Sí que lo es, en cambio, demolerlos y apartarlos del escenario social, con o sin apisonadora. Conseguir este nivel de repulsión partiendo de las trabas políticamente correctas de una democracia no es fácil, pero podemos lograrlo si no dejamos de socavar la posibilidad de diálogo con la categoría que identificamos como enemiga. Por ejemplo, debemos convencer a todo el mundo de que la propia cultura y la del enemigo son irreconciliables, lo que convierte en inútil el diálogo entre individuos. También se puede presentar al enemigo como un poder fuerte, inalcanzable e indefinido por antonomasia, que oculta segundas intenciones, de manera que cualquier propuesta de conciliación sea percibida como una trampa engañosa. En esta última variante se inserta el arma formidable de la teoría del complot, pues el enemigo indemostrable es mucho más susceptible de odio que el que puede encontrarse cada mañana en la cafetería.

Hay que dedicar unas palabras a la categoría que conviene elegir como enemiga. El relato siempre tiene que presentarla como peligrosa, porque no se puede ser enemigo de un infeliz que ni siquiera se aguanta de pie. El problema es que, en apariencia, muchos enemigos útiles para el fascismo no parecen peligrosos en absoluto. Sin embargo, lo son. Los inmigrantes que desembarcan procedentes de África son un peligro, pero hay que saber explicarlo. Algunos llegan huyendo de la guerra y de la pobreza con mujeres embarazadas y niños pequeños, pero la mayoría son hombres jóvenes y fuertes, con ánimo de revancha, potencialmente competitivos en el terreno laboral y con respecto a las mujeres. Pertenecen a culturas y religiones que, si se afianzasen aquí, nos obligarían a tener en cuenta su diferencia. Las imágenes que los muestran como víctimas son engañosas y contribuyen a generar una piedad que no podemos permitir que el pueblo sienta.

Sólo hay una forma de conseguir que alguien tan evidentemente frágil se perciba como peligroso: hacerse pasar por alguien aún más débil y fomentar la competencia entre las dos debilidades. ¿Que buscan trabajo? Ni siquiera hay para nosotros. ¿Que quieren construir lugares de culto? ¡En sus países asesinan a nuestros correligionarios! ¿Que huyen de la guerra? Antes están nuestros mayores sin jubilación, nuestros jóvenes, que tienen que irse al extranjero, nuestras familias empobrecidas... Si se trata de verdugos contra víctimas, hemos perdido el juego. Nadie quiere pasar por el cabrón que cierra la puerta de casa mientras fuera se mueren de hambre. Si, en cambio, todos somos víctimas, nuestra fragilidad nos coloca al mismo nivel que ellos y desaparecen las obligaciones hacia los demás. Por eso es necesario mostrarse algo débiles, unidos pero frágiles, postrados y abandonados, solos contra todos (Europa, los mercados, la banca extranjera, todo funciona), y víctimas de un malestar «orquestado por otros» que frena un desarrollo que podría ser fulminante. Hasta que el fascismo no esté definitivamente afianzado, siempre habrá alguien que intentará argumentar que los que vienen de fuera son más víctimas que los de casa, pero contra esa retórica hay que desplegar ataques directos y desacreditadores.

Buenistas, amigos de los coyotes que cruzan inmigrantes, *radical chic*, mujeres que quieren montárselo con negros.

¿El papa? Que los acoja en el Vaticano, pero que primero pague el impuesto sobre los bienes inmuebles que la Iglesia le debe al Estado.

¿Las muertes en el mar te hacen llorar? No te veo llorar por nuestros mayores que no llegan a fin de mes.

¿Las ONG? Cómplices de los explotadores, junto con las cooperativas de acogida viven a costa de estos desgraciados.

Las posibilidades son infinitas, pero el resultado siempre es el mismo: cuanto más víctima y amenazado se sienta el pueblo, más se unirá para defenderse y buscar un jefe fuerte que lo guíe y lo proteja.

PROTÉGEME DONDE QUIERA QUE ESTÉ

El mundo es complicado. Estamos rodeados de enemigos internos y externos. Dentro de nuestras fronteras, luchamos a diario contra el paro, la fuga de nuestros jóvenes al extranjero, el sueldo, que siempre se acaba antes de fin de mes, la sanidad, que no garantiza el derecho a la salud, y la educación, que ya no promete un futuro a nadie. Fuera, los mercados extranjeros no ven la hora de poner de rodillas a nuestras empresas, y nuestros artesanos y nuestros obreros languidecen en el paro viviendo del fondo de garantía salarial.

Eso por no hablar de la amenaza cultural. Hay un mundo que está deseando cruzar nuestras fronteras para imponernos sus costumbres retrógradas, su religión sanguinaria, su cocina maloliente y su manera extraña de ver las cosas. Quieren cambiarnos, y para hacerlo se aprovechan de nuestra solidaridad. Vienen a nuestro país, piden ser acogidos, y con la excusa de querer parecerse a nosotros nos obligan a parecernos a ellos cada día un poco más. Se empieza por comer kebab y se acaba por quitar los crucifijos de las escuelas con el pretexto del respeto, se nos priva de nuestras raíces y de nuestra identidad. Quieren sustituirnos étnicamente, y con la excusa de que nosotros ya no tenemos hijos —¡como si tuviéramos posibilidad de elegir en este mundo sin certezas!—, abren nuestras fronteras a cientos y cientos de jóvenes hombres de color que hoy son pobres y se conforman con comida y ropa usada, pero que mañana serán menos pobres y pretenderán tener los mismos derechos que nosotros y hacerse con nuestro trabajo y con nuestras mujeres. Que pretenderán ser nosotros.

El fascismo puede protegernos porque, a diferencia de la democracia, reconoce que todo esto supone un peligro. Los demócratas, incluso los liberales que en cuestiones económicas no se consideran de izquierdas, son demasiado afines a la ideología de la diferencia, a lo bonito que es que en este mundo todos seamos distintos, a lo mucho que podemos aprender los unos de los otros, a la comida étnica, al multiculturalismo, al ecumenismo y así sucesivamente, mezclando cosas que no tiene ningún sentido que sean mezcladas. Mientras tanto, el mundo sigue siendo un lugar complicado, nosotros somos cada día más frágiles y sólo nos queda la opción de defendernos con todas nuestras fuerzas poniéndonos en manos de quien sepa defendernos de los ataques que estamos sufriendo. A muchos esta visión podrá parecerles catastrofista, pero es mejor ver venir la catástrofe y prevenirla que dejarse coger por sorpresa.

La democracia, que siempre confía ingenuamente en el progreso y en el potencial positivo que tiene el género humano, es el instrumento menos indicado para hacer frente a estos peligros, porque las constituciones democráticas suelen fundarse justamente en los supuestos valores que impiden reconocerlos: igualdad, solidaridad, derechos humanos. Las democracias no son propensas a reconocer que los seres humanos, salvo los que consideramos hermanos de sangre y territorio, son un peligro. El mantra *no perdamos la humanidad* que tanto gusta a los demócratas de corazón tierno olvida que los seres humanos somos la especie dominante del planeta precisamente porque somos los depredadores de todas las demás. No perder la humanidad, en la naturaleza, significa sobrevivir, poner a uno mismo por encima del resto, saber defenderse de todos y, si se tercia, de tus propios semejantes. «No perdamos la humanidad» también lo decimos los fascistas, pero el sentido que nosotros le damos responde a un dato que nos proporciona la naturaleza, no a la lágrima fácil de los que ya han pagado la hipoteca. El fascismo tiene que lograr que todo el mundo entienda que en las situaciones de peligro —es decir, siempre— sabe

organizarse mucho mejor que la democracia a la hora de proteger a los débiles o a los que así se sienten. No faltarán, por descontado, los débiles que no saben que lo son, pero bastará con encontrar la manera de hacer que se den cuenta de ello.

No es una tarea difícil, en realidad. En la sociedad capitalista contemporánea, sólo el uno por ciento de la población no forma parte de la categoría definible como *débil* porque gana demasiado como para tener puntos débiles. Los demás ciudadanos tienen algo que perder, y si se les hace ver que ese algo está amenazado, se fiarán de cualquiera que se muestre capaz de defenderlo.

El primer bien por el que todos trabajamos y luchamos siempre es la familia. Poner en evidencia su debilidad es, pues, esencial para suscitar un espíritu combativo sano en los padres y en las madres. Los enemigos de la familia son aquellos que intentan subvertir los roles naturales del hombre y de la mujer o sus funciones tradicionales. Las dos categorías que lo intentan desde hace décadas son siempre las mismas: las feministas y los homosexuales.

Durante los años en que la democracia se creía invencible hasta tal punto que imponía a todo el mundo su ideología desviada, se vendió la idea de que las causas feministas —aborto, divorcio, igualdad de género, libertad sexual— eran encomiables y debían ser apoyadas como una forma de progreso; del mismo modo, se logró convencer a una buena parte de la sociedad de que los anhelos del colectivo gay —no sufrir discriminación, matrimonio e incluso adopción— eran nada menos que derechos humanos. Las dos cosas son mentira y ambas peligrosas. La presunta liberación de la mujer sólo ha traído el descenso de la natalidad y la competición con los hombres en el terreno laboral, y ha dejado las casas con las cunas vacías, las cenas frías y montones de camisas por planchar. La llamada *revolución*

sexual ha creado confusión y ha alejado a las mujeres de los hombres, tanto que hoy en día ni siquiera se les puede hacer un cumplido o dar una palmadita afectuosa sin que pongan el grito en el cielo. Por el contrario, mientras que las mujeres ya no quieren casarse y cuidar de la familia, los gais pretenden poder hacerlo como si fuera algo normal. Este mundo al revés lo ha generado la democracia, marco en el que cualquier bobada adquiere sentido sólo porque la mayoría la apoya. Pero la naturaleza no se puede trastornar a golpes de decreto ley, como el sol no se pondrá por el este sólo porque así lo decida la mayoría. Esta confusión que se está cargando la familia natural tiene su origen en la idea, del todo equivocada, de que las mujeres son iguales que los hombres y los gais iguales que los heterosexuales.

El fascismo, la política del sentido común, tiene la tarea fundamental de volver a poner las cosas en su sitio, y empezar por la mujer es básico, porque ésta es el sostén del hombre, y el hombre es el cabeza de familia. Si ella cede, todo se derrumba. El fascismo sabe que las mujeres no son autónomas. En la naturaleza, la hembra busca protección, y las hembras de los seres humanos no son distintas. Necesitan a los hombres porque son débiles y ellos fuertes. Valiosas por su función maternal y acogedoras por naturaleza, las mujeres son delicadas, y protegerlas es un deber, especialmente cuando, irracionalmente, no quieren ser protegidas. No deben exponerse a peligros inútiles frecuentando lugares inseguros o adoptar comportamientos desinhibidos que den pie a malinterpretaciones. Las calles están llenas de hombres de otras culturas dispuestos a violarlas porque las consideran objetos o seres inferiores.

La sabiduría fascista debe recordar a las mujeres que es precisamente la presunción de que son fuertes lo que las ha convertido en un blanco, y que eludir el papel que la naturaleza les ha asignado también ha desestabilizado a sus hombres, que, a menudo, heridos y abandonados, reaccionan de

manera desequilibrada, con consecuencias que más valdría evitar. De nada sirven las asociaciones contra la violencia de género, legado del feminismo, que animan a las mujeres a denunciar a sus compañeros en lugar de resolver los conflictos para mantener unida a la familia. Una propuesta de gobierno fascista ofrecerá, pues, políticas de apoyo no a la mujer en sí misma, que no es un sujeto social susceptible de ser considerado individualmente, sino a la madre y a su función como tal. Lo ideal sería proponer una sección «Madres» entre las categorías políticas de referencia. Pero la elección de un lenguaje tan explícito podría resultar contraproducente entre los grupos de tradición democrática que todavía tienen el veterofeminismo como referencia. Una vez que éstos se hayan debilitado, la madre volverá a ser finalmente el centro de la vida familiar y, por lo tanto, de la política.

Por lo que respecta a los gais, ni siquiera hay necesidad de explicar el perjuicio que causan al género humano por el simple hecho de existir. Eliminarlos o curarlos, tras tantos años de laxitud democrática que ha contagiado incluso a los Estados cercanos al nuestro, exigiría un derroche de energía y de dinero realmente desproporcionado. Pero obligarlos a esconderse para no dar mal ejemplo a los jóvenes es un deber que no podemos eludir. Todo intento de despachar la homosexualidad como algo normal es una amenaza a la familia y a la continuidad de la especie. Por eso hay que proteger a los niños tanto del adoctrinamiento de la ideología de género —que con la excusa de eliminar la discriminación les hace creer que pueden ser lo que quieran en vez de enseñarles a apreciar lo que son— como del de la paridad de sexos. Los niños son niños y las niñas, niñas.

Es fundamental hablar también de la vulnerabilidad de una categoría que lleva mucho tiempo olvidada y que, en cambio, representa cada vez más a la mayoría en las sociedades occidentales: los ancianos. Los jubilados que cobran la pensión mínima son frágiles y nadie se ocupa de ellos. Resolver los fallos actuales del sistema de pensiones es, por desgracia, imposible por

culpa de la democratísima igualdad de género que, al permitir que la mujer acceda al mercado laboral, le ha quitado el tiempo y las ganas de tener hijos, los que habrían cotizado a la Seguridad Social para pagar las jubilaciones de las generaciones precedentes. Las mujeres han antepuesto sus necesidades a las de la colectividad, y la sociedad está pagando un precio altísimo por ello. Sin embargo, los jubilados de las periferias podrían tener dificultades para entender que las consecuencias de las culpas de la democracia no pueden convertirse en responsabilidad del fascismo. Lo que, en cambio, sí entienden es una fiesta en la plaza del barrio donde se distribuyen bolsas con la compra, porque aunque no puedas resolver la causa de la enfermedad social, puedes aliviar sus síntomas. Por desgracia, un gesto de atención para con un anciano empobrecido no transforma automáticamente a ese anciano en un fascista. Se impone, pues, que la solidaridad no se confunda con la política, porque el fascismo, incluso cuando distribuye bolsas con la compra, no es una organización sin ánimo de lucro, sino un movimiento político.

Cuando nos mostramos solidarios con los más necesitados es importante dejar claro que no lo hacemos con todos los necesitados, sino con *nuestros* necesitados, que primero les toca a los nuestros, y después, si sobra, les tocará a los demás; pero sabemos muy bien que no sobrará nada. Cada vez que uno de esos ancianos recibe de las manos de un fascista una bolsa con la compra, tiene que saber que probablemente el sistema democrático está distribuyendo otras dos a un extraño. Cada vez que los demócratas intenten decir que hay que ayudar a los más desfavorecidos, el fascismo recordará que los primeros desfavorecidos a los que hay que ayudar son los de casa y que la política tercermundista democrática los ha abandonado y prefiere ayudar a quienes no pertenecen a nuestro pueblo. De este modo quedará claro que los enemigos son tanto los que pretenden que se les ayude sin tener derecho a ello como la democracia misma, que afirma que todos

tienen derecho a recibir ayuda. La debilidad de los nuestros será nuestra fuerza.

Muchos consideran paternalismo esta atención del fascismo hacia la vulnerabilidad social. Pues bien, si el paternalismo es la mirada del padre, que protege a todos los suyos, sobre todo a los que no pueden cuidar de sí mismos, entonces sí, somos paternalistas. Un Estado es como una familia en la que el padre es el jefe, y éste se comporta justamente como tal porque si una sola persona asume la responsabilidad de representarlos a todos, también debe cuidar de todos. Si has sabido ver la vulnerabilidad social, entonces tienes derecho a ofrecerte como protector y defensor. En el fascismo todo el mundo tiene que sentirse a salvo. Nadie debe sentirse obligado a convertirse en un individuo fuerte y autónomo, porque sabemos que ciertas vulnerabilidades son estructurales y no pueden resolverse. Convencer a las personas de que pueden independizarse del Estado es un acto irresponsable que los perjudica; si se les hace creer que no necesitan protección, cuando se presente un peligro real no estarán preparadas para enfrentarse a él. La debilidad de los individuos es fundamental para la fuerza del Estado, porque quien se sabe débil se encomienda al fuerte. Y quien es fuerte, cuando es necesario, no se detiene ante nada con tal de proteger a los suyos.

EN CASO DE DUDA, ATIZA

Por las venas de la democracia corren muchas contradicciones de las que el fascismo puede sacar partido, pero, de entre todas, la más grande es la no violencia. Sé que puede parecer ilógico, pero a pesar de ser un sistema de gobierno que se funda en la discrepancia de opiniones, la democracia se obstina en rechazar la violencia como modalidad política, lo que equivale a criar tarántulas y alimentarlas con verdura. Según el pusilánime espíritu democrático, la manifestación de la discrepancia, si la hay, debe ser educada, adecuada y comedida, adjetivos todos ellos más apropiados para el comportamiento de alguien que toma el té de las cinco con jubilados que para expresar un desacuerdo.

Por suerte, somos seres humanos y es el hecho mismo de estar juntos lo que propicia las condiciones para la violencia. En consecuencia, hasta las democracias se ven obligadas a desarrollar formas de hipocresía en su gestión, la primera de las cuales es reservarse la legitimidad de la violencia, cuyo ejercicio legal sólo le está permitido a las fuerzas del orden, que actúan por cuenta de las instituciones. En la práctica, como sucede con el tabaco y el alcohol, en las democracias la violencia es monopolio del Estado. Sin embargo, tratarla como si fuera una sustancia estupefaciente tiene como consecuencia que, paradójicamente, incluso las instituciones acaban ejerciéndola con sentimiento de culpa, como si echaran una bronca a escondidas, sin dejar de disculparse y con tantas restricciones que hacer uso de ella puede costarle más caro al policía que la practica que al delincuente que se la merece.

El resultado de esta mala conciencia es que, por absurdo que parezca, en un Estado democrático, si pillas a alguien cometiendo un delito, no puedes pegarle. Si posee información que no quiere darte, no puedes sacársela. Si se niega a confesar, es complicado convencerlo por las malas, especialmente en las democracias más degeneradas donde la tortura es un delito. En esos países, si pillas a un pedófilo violando a un niño y quieres saber si ha actuado con la ayuda de cómplices, tienes las manos atadas: no puedes aplicarle descargas eléctricas, los instrumentos cortantes son ilegales, los contundentes también, las amenazas a los familiares están fuera de discusión y la presión psicológica sólo se puede ejercer hasta cierto punto; si haces caso a los extremistas democráticos, dejarlo atado y desnudo en una habitación en compañía de un mosquito ya sería suficiente para Amnistía Internacional.

En cambio, en los países donde, por suerte, la tortura no es un delito, todavía se puede recurrir a la violencia, pero también en ese caso debe hacerse con cautela, teniendo cuidado de que nadie te vea y, sobre todo, de que no acabe mal, so pena de enjuiciamiento moral y legal, especialmente si se trata de delitos relacionados con la expresión de la libertad política. De este modo, se alcanza el culmen de la paradoja: si un policía mata a un manifestante político, va a la cárcel y no podrá seguir siendo policía, mientras que si el manifestante político mata al policía, va a la cárcel, pero después podrá seguir manifestándose, porque en las democracias el derecho a discrepar nunca se pierde. Compadezco a las fuerzas del orden por estar obligadas a trabajar dentro de un sistema tan irracional. Pueden usar la violencia porque son el Estado, pero es el mismo Estado el que pretende que lo hagan con suavidad. Se trata de un contrasentido absoluto, pero a nosotros, en el fondo, nos resulta muy útil. ¿Qué mejor caldo de cultivo que su frustración para que germinen sentimientos de simpatía por el método fascista?

El fascismo, en efecto, nunca pondría a nadie ante la contradicción de practicar la no violencia, y mucho menos a un miembro de las fuerzas del orden. El uso de la violencia como consecuencia de la necesidad no sólo está permitido, sino más que aconsejado. Nuestro modelo organizativo (y, por consiguiente, también político) es el del orden natural, y en la naturaleza la violencia existe profusamente y no se somete a ningún juicio moral. El lobo devora al cordero; ¿juzgaremos al lobo por ello? La leona alfa mata a los cachorros de la anterior jefa de la manada; ¿le exigirán que dé cuentas de su crimen? Los elefantes cargan contra los que invaden su territorio y los arrollan, pero nadie los juzga como criminales por comportarse con tanta violencia. Es el instinto el que guía la violencia, es la necesidad, son las fuerzas primordiales y dominantes de nuestro ser.

El dominio es violencia por sí mismo, y este hecho tal vez escandalice a las almas delicadas de los demócratas, pero la alternativa es ser dominado, porque en un mundo violento la violencia no es una elección, está ahí. Lo único que se puede hacer es elegir entre ejercerla o sufrirla. Y nosotros, los fascistas, resolvimos ese dilema hace mucho tiempo. Si el punto débil de la democracia es la maldita convicción de que la violencia es el último recurso del incompetente, nosotros estamos convencidos de lo contrario: la no violencia es el refugio de quien es incapaz de reconocer que la violencia es necesaria. Si tienes un enemigo, debes estar dispuesto a derrotarlo. Si tienes un jefe, debes estar dispuesto a todo con tal de seguirlo. Si tienes algo o a alguien que te importa, debes estar decidido a defenderlo a toda costa. No hay términos medios cuando amas a tu país, a tu gente, a tu familia y a tu cultura como si fueran únicas en el mundo; y en este mundo, aunque demasiados lo olvidan, sólo se respeta lo que se teme.

Pero el fascismo no lo olvida, y por eso anima a ejercer la violencia intimidatoria en todas sus formas: al Estado, en todas las ocasiones que se presentan y con todos los medios a su alcance, y al ciudadano, por medio de

la legítima defensa. Con respecto a este último caso, el valor de la legitimidad de la violencia es tanto práctico como pedagógico. Las armas que empuñen los ciudadanos no serán, de hecho, muy importantes durante la consolidación del Estado fascista. El jefe será garantía suficiente para asegurar a todos que si fuera necesario el uso de la fuerza, con la suya bastaría. Cuanto más exprese el jefe su promesa de violencia, menos necesidad tendrá el pueblo de ejercitarla por su cuenta, porque se sentirá a salvo y defendido. Sin embargo, las armas individuales son necesarias en la primera fase del fascismo, cuando la convivencia con la debilidad y el laxismo de la democracia permitirá introducir en el relato la idea de que el Estado no está defendiendo a sus ciudadanos. En ese contexto aún inmaduro, la vida misma actuará como cómplice del fascismo. Cada suceso, cada infracción de la propiedad privada, cada violación o cada robo nos servirán para exigir leyes que autoricen la legítima defensa en nuestra propia casa, para consolidar la idea de que el Estado democrático no está haciendo lo suficiente para garantizar la seguridad y obliga a las personas a que lo hagan por su cuenta. Cuando llegue un hombre fuerte que tome el mando, las armas se depondrán, pero para que eso ocurra primero hay que levantarlas. Así, el jefe tendrá la seguridad de que si el pueblo ha empuñado las armas una vez por su cuenta, volverá a empuñarlas por él en caso de que fuera necesario.

Pero hablar de armas corresponde ya a una fase madura del avance del fascismo. El detonante para afirmar la necesidad de la violencia empieza mucho antes: en el lenguaje. El fascista tiene que hablar en cristiano desde el primer momento. Para que la violencia vuelva a ser un instrumento de lucha política es esencial que se exprese sin medias tintas y que cada día llame a las cosas por su nombre. Esto es necesario, sobre todo, cuando se parte de la desventajosa situación inicial de tener que convivir con la

democracia, que hace todo lo posible para cambiar los nombres de las cosas.

En ese contexto, como fascistas, debemos pretender que al menos en nuestras bocas los negros dejen de ser *personas de color*, las putas, *trabajadoras del sexo*, y los discapacitados, *personas con diversidad funcional*. La condición contra natura de los invertidos debe dejar de negarse dentro de las incomprensibles siglas LGTB, y el tocamiento de huevos debe dejar de ser un edulcorado *contratiempo*. Es un tocamiento de huevos, y punto.

A los demócratas les causará una fuerte conmoción porque esto romperá su esquema hipócrita, pero vosotros —ya habléis en un mitin, delante del micrófono de un periodista, desde las páginas de un periódico o desde un escaño del Parlamento— invocad siempre la libertad de expresión, de crítica política o de sátira. Repetid que se trata de una *provocación*, expresión que en democracia significa que no hacéis nada en concreto, pero que en realidad estáis haciendo justo lo que la palabra significa: provocar el pensamiento violento con la esperanza de producir la acción consiguiente.

Lo políticamente correcto ha acabado con la frescura campechana de este país, obligándonos a todos a fingir que no vemos lo que tenemos delante de las narices. Con tal de ser amables, nos hemos convertido en mentirosos que aceptan usar expresiones que deberían habernos distinguido de los que suelen sentarse en la barra del bar. Pero la política fascista no necesita hacer ostentación de un intelectualismo fingido para sentirse superior a quien representa. No somos superiores al pueblo, somos el pueblo y por eso hablamos como él. Si existe un lugar en el mundo donde todos deben entendernos es precisamente la barra del bar, que, en cualquier caso, frecuenta mucha más gente que la universidad. El lenguaje fascista, bien mirado, es más democrático que el políticamente correcto, porque no hace que nadie se sienta inferior, a pesar de que es obvio que muchos demócratas se creen superiores. No os lo toméis a mal, al revés,

agradecédselo, al menos en un primer momento. Cada vez que uno de ellos pretenda que uséis expresiones finas o diplomáticas, quizá llamándoos *ignorantes* o *cafres*, os estará ofreciendo la ocasión de mostrar al pueblo que a los demócratas les preocupa mucho más ponernos un conjuntivo en la boca que el pan. Dejad que digan lo que quieran, de ese modo los *radical chic* aprenderán por sí solos que no existe una sola sociedad en el mundo donde el pueblo prefiera hablar correctamente antes que comer.

Cuando nos apartamos del discurso político ordinario, es decir, cuando se juega realmente duro, es que ha llegado la hora de dar el siguiente paso, el de la violencia verbal expresamente dirigida al enemigo. Si los problemas internos de la sociedad deben ser gestionados con un vocabulario ya libre, al enemigo propiamente dicho hay que hacerle frente con palabras performativas, que anuncien y predispongan a la acción.

No será, pues, suficiente con insultarlo, llamarlo *estúpido*, *ladrón* o *pusilánime*, sino que se impone especificar lo que sería justo hacerle para desacreditarlo, aniquilarlo y que desapareciera, porque si puedes verbalizar lo que le harías ya estás a medio camino de hacerlo. Al principio será agotador, porque en la primera fase, todavía democrática, podrá caernos encima alguna denuncia por incitación al odio u otros delitos inventados por la democracia para protegerse. No es un buen motivo para echarse atrás, pues cuando el peligro se concreta es cuando empieza a verse la diferencia entre quien tiene cojones y los petimetres con traje de sastrería dispuestos a doblegarse ante los argumentos de la democracia.

El fascismo necesita gente con un par de huevos, no metrosexuales de *gay pride* que como mucho pueden negociar el color de las cortinas del cuarto de estar. De la boca del jefe, motor del comportamiento del pueblo, tienen que salir incitaciones a la acción, a ser posible bajo la forma del verbo en infinitivo, como *apisonar*, *arrasar*, *mandar a la mierda*, *retirar con la pala cargadora*, *mandar al desguace*; funciona cualquier verbo que

sugiera la retirada del enemigo del escenario común, y que lo asocie con la basura, los escombros de los derribos, lo que estorba, lo que sobra. Quien escuche debe entender que con el fascismo no hay palmadita buenista ni en el lenguaje, que los problemas se llamarán por su nombre, y las soluciones, si es necesario, serán drásticas.

LA VOZ DEL PUEBLO

No todos los populismos son fascismos, pero todo fascismo es, por encima de cualquier cosa, populismo, porque, aunque nunca nace de las clases populares, el fascismo las relata como a ellas les gusta ser relatadas: fuertes en las intenciones, frágiles sólo por culpa de las circunstancias, matrices de autenticidad nacional y verdaderas protagonistas sociales.

Exaltar las cualidades populares es el primer paso para alimentar un genuino sentimiento fascista en las masas.

Todo lo que viene del pueblo es sano y veraz, e, incluso cuando se presenta bajo formas algo confusas, debe ser abrazado y apoyado como expresión del espíritu nacional.

Sin embargo, el fascismo siempre tiene que dejar clara la diferencia entre ser populista y ser simplemente popular. En el populismo todos miran hacia el jefe, mientras que la popularidad democrática permite que todos se miren entre ellos perdiendo de vista el horizonte. La democracia es popular porque desarrolla en las clases dirigentes el sentimiento de pertenencia al pueblo, y en el pueblo la ilusión de poder ocupar el lugar de su clase dirigente, como si en una familia el padre y los hijos fueran intercambiables.

Esta actitud de reciprocidad ofusca, porque quien te ve como a un igual no te respeta. Acercarse demasiado a una obra maestra impedirá captar su armonía general, no se podrá contar lo que se ha visto realmente. El populismo es lo contrario de la popularidad, porque mantiene la distancia justa entre las necesidades de las masas y la fuerza de quien puede

satisfacerlas. El popular se reconoce en el pueblo, pero el populista puede hacer algo más: ofrecer al pueblo alguien en quien reconocerse.

Para el fascista no es difícil ser populista, es como conquistar a una chica feúcha que sabe que lo es porque los otros chicos llevan años menospreciándola, pero que no ve la hora de que llegue uno que le diga que ellos se lo han perdido. Si ese chaval encuentra las palabras adecuadas, se la llevará a la cama cada vez que quiera y ella siempre aceptará de buen grado. ¿Os dais cuenta de que ni siquiera el sexo es democrático? No hay para todos, sino sólo para quien sabe conseguirlo. Por lo tanto, si queréis ser fascistas, sed, por encima de todo, seductores, mirad a vuestro alrededor y buscad a la feíta social. El mundo está lleno de ellas.

Considerad, por ejemplo, a las personas que por varios motivos no han estudiado. El fetiche democrático de la enseñanza pública y obligatoria vendió la idea de que todo el mundo tenía que estudiar aunque no quisiera, porque estudiar era algo noble. El resultado ha sido que los que no tenían ganas de hacerlo y abandonaron los estudios en cuanto pudieron llevan años siendo el blanco de las burlas. Dirigíos a ellos, a los poco escolarizados que tienen que aguantar todo el santo día que cualquiera, por el mero hecho de haber estudiado un solo día más que ellos, los llame *analfabetos funcionales*. Decidles que estudiar no sirve de nada y que lo que cuenta es la universidad de la vida, que tener carrera no te convierte en alguien superior (y que los licenciados van dando tumbos por ahí con un trozo de papel que no sirve para nada), y no os olvidéis de añadir que unas manos llenas de callos son más honorables que un culo plano de tanto pasarse el día sentado estudiando. Los incultos podrán por fin dejar de avergonzarse de su ignorancia y empezar a despreciar a los que han estudiado y los han mirado por encima del hombro durante décadas.

Como ser populista es como hacerle la corte a la fea del instituto, funciona sobre todo con las mujeres. Las feministas les han dicho que las tratan como si fueran inferiores a los hombres y que deberían rebelarse contra la sumisión, ¡intentad que no lo vean como sumisión! Evocad a sus abuelas y llamadlas *matriarcas*. Recordadles el aroma de su infancia, cuando en la cocina de casa siempre había una mujer removiendo la salsa para la pasta. Traed a su memoria la sabiduría de la simplicidad popular, de las cosas hechas a mano en casa, de las madres que han sostenido este país con su amor. Decidles que planchar camisas y ocuparse de los hijos y de los ancianos enfermos no sólo no las hace inferiores, sino que las convierte en únicas y las dota de una genialidad femenina que los hombres nunca poseerán.

Anunciad medidas de gobierno a favor de estas tareas; por ejemplo, desgravaciones fiscales para quien se quede en casa cuidando de los ancianos, e incentivos que fomenten la maternidad para las que quieran tener hijos. Contad a las mujeres que son mejores, y ellas, con tal de seguir sintiéndose especiales, volverán a hacer lo que habían rechazado incluso cuando tengan la posibilidad de elegir otra cosa. Si han estudiado, plancharán; si tienen trabajo, lo dejarán para dedicarse a sus hijos; si soñaban con ser mujeres emancipadas, se casarán. Si sus compañeros encuentran el modo de hacerlas sentir especiales, ninguna mujer tendrá la necesidad de ser igual que los hombres.

La categoría de la especialidad es populista por excelencia. Cada vez que estéis ante una debilidad, llamadla *especialidad*, prometed que la protegeréis y su poseedor dejará de pediros que cambiéis su situación. ¿Que vais al norte? Halagad su productividad y su rigor, evocad las pequeñas empresas que han contribuido a exportar el *made in Italy* en todo el mundo, contraponed su iniciativa al sur parásito e indolente y prometedles que bajaréis los impuestos. ¿Que vais al sur? Evocad el sacrificio de sus

abuelos, que tuvieron que emigrar, exaltad su espontaneidad, su capacidad para improvisar, su hospitalidad, contraponedla a la frialdad del norte y prometedles que llevaréis a cabo grandes obras. ¿Los sicilianos? Gente especial. ¿Los campanos? Especialísimos. ¿Los sardos? Únicos en el Mediterráneo. ¿Los lombardos? No hay otros como ellos.

Para cada una de estas especialidades hay una promesa que el fascista tiene el deber de hacer. Los demócratas —embriagados por la pesadilla de la igualdad— prometerían a todos lo mismo, pero el fascista sabe que es mejor que cada promesa sea diferente, porque cada grupo social tiene que sentirse único ante la mirada del jefe. Algunas afirmaciones podrán parecer contradictorias —por ejemplo, si en el sur se enteraran de que en el norte los llamáis *gandules*—, pero eso carece de importancia tanto en la política como en la seducción. Ninguna mujer, a excepción de la bruja de Blancanieves, quiere ser la más guapa, a todas les basta con sentirse deseadas cuando les llega el turno.

La capacidad del jefe de sintetizar en su persona cada una de estas identidades y de hacer sentir que las representa pasa también por su aspecto, que asimismo debe ser populista. Cuando se reúne con los que no llegan a fin de mes, el jefe vestirá tejanos, sudadera o chándal, ropa sencilla y barata. Con los padres de familia, lo ideal es que vaya en mangas de camisa, decoroso pero desenfadado, dejando que se intuya el temple del que se ha hecho a sí mismo incluso bajo un vestuario formal. Con los poderosos y los profesionales liberales se pondrá corbata, pero sus maneras seguirán siendo desenfadadas y juveniles, propensas a romper el protocolo, porque la energía fascista es una fuerza impaciente y sólo respeta las reglas hasta que puede cambiarlas.

Cuando el fascismo ya esté maduro, el vestuario será lo de menos, y entonces será el cuerpo mismo del jefe el que represente al país, por ejemplo, mediante alguna hazaña que necesite fuerza física, resistencia y control, como cruzar a nado un largo brazo de mar, sumergirse en aguas

heladas, tener una vida sexual ajetreada y célebre o correr con constancia kilómetros y kilómetros. El ápice del populismo es mostrarse sin tapujos en la intimidad familiar, quizá durante las vacaciones, para reconducir la fuerza al marco de la fiabilidad.

La piedra angular del populismo, lo que le permite ser la cuna del fascismo, es, sin embargo, el tema universal del dinero. En democracia, el hecho de que los ciudadanos posean diferentes cantidades de dinero crea muchísimos problemas, porque choca con el principio de equidad (que anula el mérito) y con el concepto igualmente absurdo de la proporcionalidad tributaria (como si ganar más fuera una culpa que hay que expiar). Puesto que en la práctica nunca es posible respetar estas dos condiciones, en un sistema democrático tanto el rico como el pobre son infelices, porque el primero se sentirá agobiado por los impuestos y el segundo tendrá la percepción de que los servicios a los que tiene acceso son insuficientes. Para el populista fascista, por suerte, esta diferencia no existe. Sólo se puede ser popular con las clases populares, pero se puede ser populista con todos, porque el temor a perder lo que se tiene —poco o mucho, no importa— es el mismo. Por esta razón, tanto si se dirige a los pobres como a los ricos, el fascista populista tiene que usar siempre el *nosotros* para equipararse a la condición de sus interlocutores y actuar en consecuencia.

Cuando se dirija a gente necesitada que no llega a final de mes, tiene poco sentido que proponga reformas estructurales importantes, pues lo urgente no soporta planes a largo plazo, ni siquiera a medio. Llegados a este punto, el buen demócrata, entre una sesión de Pilates en el gimnasio y un curso de cocina vegana, citaría la parábola de Mao, según la cual es mejor enseñar a un hombre a pescar que regalarle un pescado. Es una anécdota interesante, pero para enseñar a alguien a pescar, es decir, para darle los instrumentos para emanciparse, se necesitan años. Cuando haya aprendido, se habrá muerto de hambre, y el pueblo quiere comer justo ahora. En

cambio, regalarle un pescado requiere apenas cinco minutos; por eso prometer una ayuda concreta e inmediata a las personas en apuros es un deber del fascismo. Todas las medidas con un efecto económico inmediato son valiosas y aconsejables. Es sencillo, bastará con aumentar un poco las nóminas o con suprimir un impuesto odioso, y enseguida quedará claro que lo que de verdad nos importa son las necesidades reales de la gente humilde. Ninguna reforma podrá competir con ochenta euros más en la nómina, y ninguna ley revolucionaria será tan apreciada como la supresión del Impuesto sobre Bienes Inmuebles. Medidas de esta clase, además de proporcionar un beneficio inmediato a sus destinatarios, refuerzan la idea del jefe que protege a los débiles y contribuyen a construir un pueblo que confía cada vez más en su diligencia de buen padre de familia.

El populismo adecuado para la clase media es diferente. Aunque esta categoría de ciudadanos llega cómodamente a fin de mes y quizá logra incluso ahorrar algo, es consciente de que basta poco para bajar peldaños en la escala social y encontrarse sin recursos suficientes de un día para otro. Por suerte, la pequeña burguesía, cuyos sueños son pequeños como ella, se contenta con facilidad. Es sensible al tema de las inversiones porque puede permitírselas, y su preferida es la inmobiliaria. Todas las medidas que permiten la ampliación de un inmueble o que prometen desgravaciones fiscales por la compraventa de una casa son vías de consenso seguras con esta franja social. Cuando aumenta la renta y la burguesía pasa de pequeña a media, la propuesta populista sube como un suflé y toca el punto neurálgico de los intereses burgueses: los impuestos. Si como fascistas les garantizáis que las rentas elevadas no serán penalizadas —ofreciéndoles, por ejemplo, un impuesto plano—, la burguesía os será siempre fiel.

Por último, está el populismo expresamente reservado a los ricos, con los que ni siquiera el más generoso de los demócratas lograría seguir siendo popular. Los ricos son una minoría con respecto al resto de la población,

pero son ricos de verdad y a menudo ocupan posiciones de poder estructural, así que no tiene sentido granjearse su enemistad, y ser amigos nos conviene a nosotros y a ellos. Su riqueza no depende de su renta, sino del patrimonio acumulado, por lo que sus preocupaciones giran alrededor de su administración y su incremento, porque a esos niveles el capital que no se mueve es un capital que se devalúa. El populista tiene que relacionarse con estas personas como si fueran indigentes, porque cuando se trata de proteger su dinero incluso el millonario se siente de clase media. Os podrá parecer una paradoja, pero ésta es la categoría social más interesada en las reformas porque, al no tener prisa, puede permitirse esperar a que surtan efecto. El populismo para con los ricos podrá, pues, prometer escudos fiscales para la fuga de capital, pero correremos el riesgo de que las masas populares se sientan embaucadas. Es mucho mejor prometer reformas radicales que vayan dirigidas a los puntos neurálgicos del sistema estatal, por ejemplo: medidas que rebajen los costes de los contratos de trabajo o planes de saneamiento del sistema de pensiones para reducir la obligación empresarial de cotización.

El verdadero populista se ocupa de todos equitativamente. A los pobres les ofrece un poco de pescado gratis de vez en cuando, a la clase media, la nevera para guardar lo que les sobra, y a la alta burguesía, el estanque donde todos podrán pescar previo pago.

Para dar ejemplo, el jefe podrá mostrar al pueblo sus dos caras. Si su trabajo ya le había proporcionado riqueza y bienestar, no hay motivo para que se prive de la vida que ese dinero le garantiza, al contrario, su dinero será la prueba de que es un hombre de éxito del que podemos fiarnos. Pero también es conveniente que se muestre generoso con su riqueza subvencionando los proyectos más dispares y divulgando sus acciones benéficas. El otro camino, más arduo, consiste en no valerse de los privilegios que le corresponderían como jefe y sacrificar todo beneficio

público que pueda ser percibido por el pueblo como innecesario. Todos los fascistas pueden y deben hacer gestos simbólicos para que la gente comprenda que son personas como ellos. Comprobaréis por vuestra cuenta lo eficaz que resulta, tras años moviéndoos con el coche oficial, que la gente vea que vais a pie, en transporte público o en bicicleta.

De esta manera, contaréis con la ventaja que supone marcar la diferencia con respecto los demócratas. El populismo económico, en efecto, no sólo es constructivo, sino que también sirve para destruir a los enemigos políticos. Cualquiera que ponga en entredicho las medidas que ha adoptado el jefe será señalado como un privilegiado rico que no entiende los problemas de la gente necesitada porque vive en un ático en el centro, lleva joyas y relojes caros, tiene bienes inmuebles que no podría permitirse con un sueldo normal y no sabe ni lo que vale un kilo de pasta en el supermercado.

Es fundamental asociar siempre el estatus social del enemigo con su credibilidad. El pueblo debe creer que cuanto más dinero tiene un demócrata, menos derecho tiene a representarlo, porque el pueblo, por definición, no tiene dinero. Momentos como éste hacen que, como fascista, sienta mucha gratitud por la democracia, pues en una sociedad que ha prometido ofrecer a todo el mundo la oportunidad de alcanzar el bienestar, todos los que no lo han alcanzado sentirán frustración y rabia, y estos sentimientos son fácilmente transformables en instrumentos políticos. Si os critican una orden judicial, no entréis en el meollo de la cuestión, decid que a vuestros detractores les resulta fácil censurar vuestros actos porque tienen las espaldas cubiertas. Cada vez que recibáis una crítica, respondedles que es muy fácil hablar desde un ático en el centro, pero que la vida real es otra cosa. Yates, automóviles y casas de lujo —especialmente si se sospecha que han sido adquiridos con ingresos procedentes de la actividad política— son los puntos débiles ideales para abochornar a los acomodados demócratas, no porque sean personas acomodadas, sino precisamente porque son demócratas. Fueron ellos los que se inventaron el fetiche de la igualdad, por

eso el pueblo espera de ellos que lo apliquen a su estilo de vida. La democracia aplicada a la economía es el sistema demencial en el que todos creen que sólo quien no llega a fin de mes puede entender los problemas de quien no llega a fin de mes. Vosotros dejad que se lo crean, porque el mecanismo de construcción del consenso fascista circula, por suerte, por vías completamente diferentes.

A la hora de ejercer el populismo, los *radical chic* os pueden echar una buena mano, pues la burguesía demócrata, especialmente la de izquierdas, puede revelarse como un óptimo aliado insospechado. Se trata de personas —no necesariamente pudientes, pero al menos convencidas de ser cultas— que, en la sociedad capitalista, se sienten moralmente obligadas a luchar contra el desequilibrio social, pero que saben que a éste le deben en parte su bienestar o la esperanza de alcanzarlo. ¿Qué hacen, pues? Muy sencillo: para gestionar su sentimiento de culpa, se entregan a batallas formales, nunca a batallas de mérito. Lo hacen con ahínco, empeñándose a fondo, porque es precisamente de su ser *radical*, sin tener necesidad de ello, de donde nace su ser *chic*, igual que los muebles *vintage* de sus salones. De este modo, agotan su pasión cívica en las consecuencias, pero no en la causa. Se manifiestan siempre que tienen ocasión para obtener el reconocimiento de este o aquel derecho de los maricones, y se encadenan para protestar contra la vivisección de los bichos en los laboratorios, contra la incineradora o el enlace viario a la autopista que desfigura el paisaje que hay detrás de su casa, pero nunca contra una reforma laboral o un impuesto plano que protege sus ganancias.

En dos palabras, los *radical chic* nunca moverán un dedo contra la organización de los factores económicos de los que depende su condición. Se diferencian con la burguesía demócrata de derechas en que esta última quizá sea también *chic*, pero nunca *radical*, porque no siente ningún deber moral de luchar por nada. La clase social es la misma, pero la clase

ideológica no, porque en el fondo la burguesía de derechas nunca se ha creído eso de la igualdad. Como fascistas os encontraréis a menudo con las dos categorías, y que no os sorprenda que los acomodados y los biempensantes de una y otra burguesía sean amigos. En alguna cena conjunta, entre plato y plato, los demócratas de izquierdas pensarán que, en el fondo, dejando aparte esa fantasía de ser de derechas, los de derechas son buenas personas, mientras que los de derechas observarán los coqueteos civiles de sus compañeros de mesa como se observan las obsesiones, los tics y las pequeñas idiosincrasias. Ambas categorías de burgueses serán útiles al fascismo, las dos os dejarán trabajar tranquilos, una por su negación del conjunto y la otra por desinterés hacia todo aquello que no le afecta.

Sin embargo, al final, sólo una será vuestra cómplice.

NO ME OLVIDES

Las instrucciones siguientes deberían aparecer en primer lugar, pero he considerado que iban a comprenderse mucho mejor después de haber separado todo lo posible el método fascista de los episodios históricos para que quedara claro que, si uno quiere ser fascista, puede serlo en cualquier momento, latitud y lengua del mundo.

Sin embargo, no sería justo pasar por alto el hecho de que los italianos han tenido la suerte de poder ser fascistas precisamente en el país que bautizó el fascismo, y conservar la memoria de lo que fuimos es fundamental para encontrar de nuevo el orgullo de seguir siéndolo. No es fácil hacerlo en una Italia que tiene (de momento) una Constitución que se declara antifascista, porque implica que la historia, tal y como nos la han contado, nos ha llegado deformada y mistificada. El trabajo de reapropiación será muy duro, lo cual significa que hay que empezar a hacerlo enseguida. Cada vez que se intenta revisar su versión, los demócratas se oponen y el porqué es obvio: su relato los hace quedar muy bien y no es de extrañar que no quieran oír la versión contraria. En esto, en poner dispositivos de seguridad para proteger su relato, han sido astutos —quizá sea en lo único en que lo han sido de verdad—. Durante años, la enseñanza obligatoria ha explicado a los niños que los héroes eran los partisanos, y los fascistas, unos traidores a la patria, cómplices conscientes de los horrores de un Estado extranjero. Este comportamiento arrogante y violento, lejos de avalar su versión, sólo prueba que la memoria es un hecho político y que la memoria de guerra es el más político de todos los hechos.

Qué y cómo recordarlo lo deciden los ganadores a costa de quien perdió y no puede expresar su opinión.

No obstante, las cosas pueden cambiar, porque la memoria tiene la característica de lo perecedero; si no se conserva, se pierde, y éste es el peligro que corren los demócratas cada vez que nace una nueva generación y se olvidan de contar a los niños los embustes oficiales que contienen los programas de historia. Ya está pasando. Durante muchos años, la democracia se ha sentido a salvo, se ha valido del hecho de que los partisanos seguían con vida. Los demócratas han tratado la República italiana como un hecho tan increíble que se necesitaban testigos oculares para probarlo. Creían que para demostrar su existencia era suficiente con la versión de sus supervivientes. Y eso, obviamente, es falso. Los partisanos no poseen la historia, sólo sus recuerdos, huellas de una experiencia individual que apenas pertenece a quien la vivió. La memoria es algo más, es la manera en que un grupo de personas dominantes elige algunos recuerdos de hechos acaecidos en un momento histórico concreto, los dota de un sentido útil y los transmite como si ese sentido fuera común a todos.

Los demócratas han hecho una elección y la han llamado *historia*, pero estamos hablando de una elección suya. Por eso, tener clara la diferencia entre *recuerdos* y *memoria* sigue siendo importante. Los primeros son un patrimonio personal de los individuos, la segunda, el resultado de un proceso colectivo. La diferencia es sustancial para el fascista: los portadores de recuerdos tarde o temprano morirán, por lo que no tiene sentido hacerles la guerra. Basta con esperar y mientras tanto prepararse para retomar las riendas de la verdad del propio pasado. La secuencia de acción fascista, cuando llegue el momento, será en progresión lineal: primero, contaminar la memoria de los demás, después, deconstruirla y, por fin, reescribirla.

Contaminar la falsa memoria es el primer paso para poder purificarla. Los demócratas se han regalado dos efemérides —el 25 de abril y el 2 de junio — que establecen el nacimiento de la democracia y al mismo tiempo decretan la muerte del fascismo. Para justificar la primera y legitimar la segunda se ha puesto en pie una retórica de patriotismo de pacotilla que, por una parte, exalta la función de los propios héroes y, por otra, cubre de infamia al adversario sin miramientos, en un juego de blanco y negro donde no hay espacio para los matices. Pues bien, es justo en esos matices desde donde podéis empezar a contaminar.

En esta primera fase no hay que negar nada de lo que se les imputa a nuestros padres, abuelos y bisabuelos, sería precipitado y suscitaría un grado de indignación muy elevado, difícilmente contenible. Fingid, en cambio, docilidad, limitaos a integrar su versión. Repetid sin cesar que también hubo mucho más. ¿Que los demócratas llaman *infames violentos* a jóvenes valientes? Decidles que es fácil juzgar a toro pasado, pero que entonces era todo tan confuso que incluso en la familia Gramsci estaban tanto Antonio, el hermano partisano, como Mario, el fascista. ¿Que los demócratas organizan conmemoraciones para recordar a sus muertos? Presentaos en los monumentos a los caídos con coronas de laurel para recordar en silencio que las fechas en las que tocan las bandas militares son un luto nacional, no una fiesta, porque todos los muertos eran italianos. Si los demócratas cuentan todos los horrores posibles del fascismo (y lo harán), no los contradigáis, recordadles los suyos. ¿Que las asociaciones de partisanos recuerdan el fusilamiento de civiles de las Fosas Ardeatinas? Vosotros recordadles la cantidad de fascistas ejecutados y arrojados a las simas que hay cerca de Trieste. Y, sobre todo, hablad de las carreteras, de las infraestructuras, de los monumentos y decid: «También hizo cosas buenas». No subestiméis la pedagogía de los espacios, porque los fascistas hablan de grandeza, de victoria, de eficacia y de orgullo, mientras que la democracia sólo ha construido casitas adosadas y rotondas para facilitar el

flujo del tráfico. Quien escuche y vea, empezará a percibir la fisura en el monolito del relato democrático, pero para vosotros la única consecuencia será, como mucho, que os tachen de *nostálgicos*.

En cuanto la democracia baje la guardia y empiece a dar por sentado que su relato es el único admitido, habrá llegado la hora de deconstruirlo. ¿Cómo lo sabremos? Por las pequeñas y numerosas señales. La primera es que los profesores empezarán a decir distraídamente que no han tenido tiempo de llegar al programa del siglo XX. Bastarán dos generaciones de chavales a los que no les hayan lavado el cerebro con la Resistencia para tener el camino allanado. En los nietos de los partisanos ya habéis infundido la duda de que la historia puede ser contada al menos desde dos puntos de vista y que ambos son, en cierto sentido, verdaderos. A sus hijos empezad a decirles que quizá uno no lo sea. Afirmad que el fascismo no mató a nadie, que, como mucho, mandó a unos cuantos de vacaciones al destierro. Repetid que los italianos no formaron parte de la planificación del holocausto. Y si veis que nadie reacciona, atreveos a ir más allá y poned en duda su existencia. O dudad de que fuera realmente como lo cuentan. O de las cifras.

Aunque no hayan reaccionado antes, seguro que llegado el momento los demócratas dejarán de llamaros *nostálgicos* y empezarán a referirse a vosotros como *negacionistas*; lo bueno es que a esas alturas ya será complicado establecer quién niega qué. Vivimos en unos tiempos en que las fuentes de información han perdido solvencia y el fundamento de las afirmaciones tiende al grado cero para todos (véase el capítulo «Simplificar es demasiado complicado» de este libro). En ese momento, cada uno defenderá su verdad con las mismas armas, pero gracias a vuestro trabajo los niños que nazcan en los años de la deconstrucción tendrán muchos más instrumentos que la generación anterior para entender que la historia que escribieron los vencedores no es necesaria e íntegramente cierta.

Esta manipulación de la memoria también es necesaria para defenderse de la mala costumbre de los demócratas de transformar en culpa cualquier responsabilidad. La culpa, verdadera o presunta, puede ser grave, pero concierne al pasado. Todos hicieron cosas por las que pueden ser culpados, pero esas acciones empiezan y acaban con quienes las cometieron, de lo contrario no se avanza. La responsabilidad, en cambio, es una trampa que no tiene fin, que hipoteca presente y futuro, de la que nunca te libras.

En democracia, cada vez que las consecuencias de un desastre que has heredado se te vienen encima, tienes que asumir su peso como si tú fueras el autor y te tocara a ti repararlas. Es un modo de vivir imposible de sostener, y, sin embargo, es justo eso lo que la educación democrática ha enseñado a nuestros hijos durante años, recordándoles continuamente algo de lo que no son culpables. A lo hecho, pecho. No me interesa lo que hicieron durante el periodo fascista. Yo no maté a seis millones de judíos en los campos de concentración (y me gustaría saber hasta qué punto esas cifras son reales) y no firmé las leyes raciales. ¿Por qué motivo debería sentirme responsable de ello?

Las llamadas *jornadas de la memoria* son un chantaje moral, sirven para hacer que gente que ni siquiera había nacido se sienta culpable. Es una manera de impedir que las ideas alternativas a la línea democrática puedan defenderse en el presente con las mismas armas. Probad a decir que los judíos controlan la economía mundial y la política occidental y os relacionarán de inmediato con los campos de concentración. Probad a sostener que no es suficiente con nacer en Italia para que un negro se convierta en italiano y os tacharán al instante de *racistas hitlerófilos*. Pero, por otra parte, si adoptáis la misma estrategia y osáis atribuir la responsabilidad de los gulags o de las *foibe* a los nietos de los partisanos de entonces, veréis que nadie quiere heredar el fardo de sus abuelos, mientras que todos seguirán pretendiendo que los presuntos horrores de los nuestros se nos imputen continuamente. Para este juego sucio sirve la memoria en

democracia, para transformar las acciones de sus abuelos en culpas personales que hay que olvidar y las de los nuestros en responsabilidades colectivas que hay que recordar hasta la séptima generación.

Por esta razón, reescribir la memoria debe ser la fase final del proceso de reapropiación. Los hechos, tergiversados o inventados por la retórica de la resistencia democrática, deben ser contados por el jefe siguiendo una versión más justa que restituya al fascismo sus buenas intenciones, su capacidad para proteger al país, y reconozca la eficacia de sus políticas. Ha llegado la hora de que deje de sonar *Bella ciao* en las manifestaciones públicas, porque esa canción —además de mediocre— ha dividido los ánimos durante demasiado tiempo. Ha llegado la hora de reconocer el valor del pensamiento y la acción fascista en la vida civil italiana dedicando calles y monumentos a sus nobles padres y a sus fieles hijos. Y, al fin, se podrá poner en tela de juicio la existencia absurda de un delito de opinión como la apología del fascismo, que, a despecho de la democracia, castiga penalmente el mero hecho de levantar el brazo en señal de respeto por lo que fuimos.

A esas alturas, ya no nos considerarán nostálgicos inocuos ni negacionistas estúpidos. Que los demócratas nos definan como *fascistas* o *neofascistas* será la norma. Pero también será nuestra victoria, porque habremos puesto de nuevo en boca de todos una palabra que pocas décadas antes se asociaba con los muertos y con el pasado, con una realidad que se daba por desaparecida.

Nosotros no desaparecemos.

Nosotros estamos.

Y, al final, tanto en la historia como en la geografía, gana quien queda.

FASCISTÓMETRO

Marca las frases que te parecen de sentido común y cuéntalas:

1. El sufragio universal está sobrevalorado.
2. No tenemos el deber moral de acogerlos a todos.
3. El ciudadano medio es como un niño de doce años de escasa inteligencia.
4. Basta de partidos y partiditos.
5. ¿Cómo va a hacer de ministro uno que ni siquiera ha acabado la enseñanza obligatoria?
6. Soy licenciado en la universidad de la vida.
7. Aquí cualquiera puede decir NO y bloquear una obra estratégica.
8. La violación es más inaceptable si la comete alguien que pide asilo.
9. Los niños son niños y las niñas, niñas.
10. Primero los de aquí.
11. Con la cultura no se come.
12. Este país es ingobernable.
13. Una mujer, por famosa que sea, no debe hacer sombra a su pareja.
14. Algún motivo habrá para que la cultura occidental sea la predominante en el mundo.
15. ¿En serio es necesaria otra mesa de negociación?
16. Las dietas de los parlamentarios son un privilegio intolerable.
17. No mató a nadie, como mucho mandaba a la gente de vacaciones al exilio.
18. Es fácil hablar con la barriga llena y un ático en el centro.
19. Y, en cualquier caso, existe una familia natural.
20. No recuerdo toda esta solidaridad con los ciudadanos de aquí.
21. El grupo de presión gay se está creciendo con tanta exigencia.
22. Hay que entender que la gente está cansada.
23. Tenemos raíces cristianas que defender.
24. Éstos no saben lo que es la cultura del trabajo.

25. Nos roban el trabajo.
26. Los sindicalistas son lacayos que se han vendido.
27. El feminismo ha enseñado a las mujeres a odiar a los hombres.
28. Lo primero es reducir el número de parlamentarios.
29. Esto no es bondad, es buenismo.
30. Un país sin fronteras no es un país.
31. Al desguace con ellos.
32. Sería mejor ayudarlos en su propio país.
33. Un país civilizado no puede conceder el derecho de voto a gente que vivía en los árboles hasta hace dos días.
34. No son refugiados, son migrantes económicos.
35. Si el Estado no me protege, tengo que protegerme yo.
36. Las cuotas de género son ofensivas para las mujeres.
37. Es racismo al contrario.
38. Derecha e izquierda en la actualidad son lo mismo.
39. «Todos somos iguales, pero algunos somos más iguales que otros.»
40. Os recuerdo que esta gente vota.
41. Todos los periodistas están al servicio del poder.
42. Nosotros somos violentos por necesidad, ellos por cultura.
43. Los republicanos tampoco eran unos santos.
44. Pienso en nuestros chicos de las fuerzas armadas.
45. ¿Y el *radical chic* pretende dar lecciones con el Rolex en la muñeca?
46. ¡Y nuestros hijos licenciados obligados a emigrar!
47. No se hace nada con el problema de la natalidad.
48. A nosotros no nos lo permiten en sus países.
49. Había anarcoinsurreccionalistas de centros sociales.
50. La ideología de género está destrozando a las familias.
51. ¿Para qué sirve el Parlamento?
52. Se acabó lo que se daba.
53. Pero es cierto que también hizo cosas buenas.
54. No respetan nuestras tradiciones.
55. Cuando te pongan el burka, no te quejes.
56. A ver, si vas por ahí vestida de esa manera, tú te lo has buscado.
57. Basta de los que dicen NO a todo.
58. Habría que saber cuántos son, hacer un censo.
59. Sin mandato vinculante, los parlamentarios cambian de chaqueta cada vez que quieren.

60. Ellos son los primeros que roban.
61. Nuestros abuelos emigraban teniendo ya un trabajo.
62. Esto es tan injusto que va a estallar como una bomba de relojería.
63. Habría que instituir el presidencialismo.
64. Acabaría con ellos y después los aplanaría con una apisonadora.
65. Si tanto te gustan, llévatelos a tu casa.

Entre 0 y 15: aspirante

Si has obtenido un número de frases que entra en este rango, tu nivel de fascismo es todavía básico y por ahora te pareces más a un demócrata cabreado que a un fascista sereno y bien formado.

Pero este libro ha sido escrito tomando como punto de partida que hay un camino por recorrer para convertirse en fascista, así que no te desanimes, tu insuficiencia es ese punto de partida. Por otro lado, todos los fascistas empezaron desde posiciones más o menos manifiestamente democráticas, y te sorprendería saber que el camino no es tan largo como podría suponerse. Puedes empezar por lo elemental, por ejemplo, reduciendo tu atención y concentrándote en una sola voz de entre las muchas que intentan explicar lo que está pasando; este enfoque reducirá tu confusión y tu ansiedad y favorecerá la lógica de entrega al jefe.

Al mismo tiempo, alimenta tus intolerancias y tus desconfianzas acostumbrándote a considerar peligrosas todas las diferencias que pretenden enfrentarse a tus certidumbres y ponerlas en discusión, ya sean sociales, culturales, religiosas o sexuales. Lee únicamente los periódicos que apoyen esta visión y escucha sólo opiniones que las defiendan. No pierdas tiempo discutiendo con quienes no piensan como tú y acostúmbrate, en cambio, a ridiculizarlos abandonando de forma gradual el terreno de enfrentamiento para entrar en el de la aversión y el rechazo. Si sigues estas sencillas instrucciones, en pocos meses podrías pasar al siguiente nivel.

Entre 16 y 25: neófito o filofascista

Si has obtenido esta puntuación, significa que eres consciente, al menos en parte, de lo eficaz que es el método fascista y de cómo puede ser utilizado con un resultado satisfactorio por cualquiera sin prejuicios ideológicos. Por desgracia, parece que todavía lo consideras una opción más, lo cual significa que sigues dispuesto a tolerar el pluralismo de los métodos del resto y podrías incluso sentirte obligado a defenderlo. Ten cuidado, porque un sistema que incentiva la presencia, la organización y la expresión de la máxima pluralidad de posiciones desemboca fatalmente en una democracia. En cualquier caso, no es grave; puedes hacer mucho a pesar de partir de una puntuación tan baja. Sigue considerando que el método fascista es una expresión libre y paritaria de la actuación política y convence a un demócrata para que te trate con tolerancia ilimitada. De esta manera contribuirás a realizar lo que Popper había teorizado a propósito de la sociedad abierta: «La tolerancia ilimitada conduce a la supresión de la tolerancia. Si extendemos la tolerancia ilimitada también a los intolerantes, si no estamos dispuestos a defender una sociedad tolerante contra los ataques de los intolerantes, los tolerantes serán destruidos y la tolerancia con ellos». Para que finalmente este escenario se materialice, se necesitan muchas personas que aún no sean lo suficientemente fascistas como para entender el fascismo como método, y no tan demócratas como para organizarse a fin de evitarlo. En fin, personas como tú.

Entre 26 y 35: iniciado o «no soy fascista, pero...»

Todavía estás lejos de la plena adhesión al fascismo, pero vas bien encaminado, porque ya has puesto en tela de juicio los fundamentos de la Constitución, el Moloch intocable de los demócratas. Su primer dogma, en efecto, es que hay que votarlo todo salvo los valores constitucionales antifascistas y antirracistas, que excluyen las discriminaciones por motivos de culto, opinión política, género y condición económica o física. Tú, por suerte, no pareces convencido de que la Constitución italiana sea «la más bella del mundo», es más, crees que está desfasada, especialmente las partes que legislan el equilibrio entre poderes y la participación ciudadana. Puedes partir de esta convicción para ir aumentando tu conciencia fascista y hacer que vaya creciendo también en los que te rodean. Una buena manera de mejorar la puntuación es concentrarse en reducir el debate al ámbito político y económico.

En el frente político, pide que aumente la democracia directa de los ciudadanos, pero aboga también por la disminución de su representación colectiva. De esta manera, aun dándoles a todos la oportunidad de participar, limitarás la posibilidad de formación de grupos de presión de los partidos, comités, asociaciones y otros centros de interés que practican la organización de la diversidad política. En el frente económico, apoya la supresión de los contratos colectivos de categoría y fomenta la contratación individual en función de los méritos individuales para que sindicatos y corporaciones pierdan su razón de ser. Una vez que el fascismo se haya afirmado plenamente, se formarán otros nuevos, pero alrededor de intereses que fomentar, no de problemas que resolver. Hasta entonces, cada

individuo, sometido a batallas y necesidades individuales, sentirá el intenso deseo de ponerse en manos de un guía fuerte, y percibirá mejor las situaciones difíciles como emergencias en las que los límites democráticos puedan superarse para dejar espacio a nuevas reglas.

Entre 36 y 50: militante consciente

Tu resultado es alto porque estás en un estadio muy avanzado de la adquisición consciente de la visión fascista y ya lees la realidad a través de sus instrumentos. Eres un defensor natural del método y de su desarrollo, y actúas abiertamente contra sus enemigos declarados. Intervienes en todos los ámbitos públicos para identificarlos, estigmatizarlos y aniquilarlos a los ojos de todos, y difundes contenidos que hacen comprender que tenemos que defendernos. Te opones sin mediación a todo el que intente desautorizarte; y si llevar el conflicto al ámbito personal ya es una técnica que conoces, las palabras no son tu única herramienta de militancia. Si es necesario, sabes arremangarte y ponerte manos a la obra invocando puntualmente la legítima defensa, el concurso de circunstancias o la bravuconada ocasional.

En este estadio de conciencia, ya deberías haber experimentado que cada vez que actúas de esta manera se amplía el rango de percepción entre lo que se puede hacer en democracia y lo que habría que hacer. No te detengas, cada vez que traspasas un límite lo desplazas un poco más allá. Puede que lo pagues personalmente en ese preciso momento, pero esa brecha la cruzarán otros diez, cien o cien mil que vienen detrás de ti. No retrocedas, hay todo un pueblo que te sigue.

Entre 51 y 65: patriota

Si has obtenido esta puntuación, es señal de que este libro no tenía mucho que enseñarte. Has renunciado a todo desecho democrático, ya eres un fascista convencido y es probable que seas el punto de referencia de otros más neófitos y menos motivados que se fijan en ti para inspirarse y tomar ejemplo en su camino de formación. Tienes una gran responsabilidad y no puedes decepcionarlos. Has ido más allá de la mera necesidad de atacar a los enemigos del pueblo fascista poniendo en evidencia sus errores. Si tu puntuación está en este rango, probablemente has entendido que, si es necesario, puedes inventarte otros siguiendo el principio del chino que pega a su mujer sin saber por qué, porque en cualquier caso ella sí que lo sabe.

Pero intenta ser también constructivo y trata de reconfortarlos a todos. Demuestra un fuerte sentido de pertenencia al país y nuestra cultura dejando ver que apoyas a la familia tradicional, el genio femenino y el modelo de pareja natural. Si las instituciones religiosas lo aprueban, muéstrate conforme con la doctrina de nuestras raíces, pero si te llevan la contraria, trátalos como a los demás enemigos, ataca sus intereses y señala sus puntos débiles. Habla con los pobres, pero relaciónate también con los ricos, porque el poder económico sostiene el bienestar del país y debe percibirte como amigo y guardián. Infunde en los desesperados la esperanza de que podrás protegerlos, en los afines la idea de que sabrás guiarlos y en los opositores la seguridad de que recurrirás a cualquier medio para aplastarlos.

Sé tajante en tus actitudes. Mientras vivas en una democracia, obligarás a las fuerzas democráticas a concentrar sus energías en ocuparse de ti más que del resto del país. Si ellos también se unen, lo harán como enemigos

tuyos, y con la intención de oponerse a ti acabarán por reafirmarte. Y, sobre todo, no te olvides de transmitir estas enseñanzas. Construye la conciencia de las nuevas generaciones de manera que el fascismo no tenga que volver a enfrentarse al peligro democrático y sus derivados.

Para evitar malentendidos

Lo sé, ahora querrías que en esta conclusión te dijera que todo ha sido una provocación, que invertir los puntos de vista ha sido un juego divertido, pero que ahora volvemos a poner las cosas en su sitio, allí los fascistas y aquí nosotros, los demócratas. En cambio, no es así. Las cosas que he escrito, no todas y no siempre, en algún momento de mi vida —los más duros, superficiales, cabreados y brutos—, las he pensado por un instante, y creo que lo mismo os ha pasado a cada uno de vosotros. No me interesaba escribir un libro contra los fascistas de hoy o de ayer, italianos o americanos, locales o globales. Determinar quiénes son los fascistas en la actualidad es algo que no necesita de mi intervención; es evidente quiénes son. Quien levanta muros, quien limita la solidaridad a los suyos, quien azuza a los unos contra los otros para controlarlos a ambos, quien restringe las libertades civiles, quien niega el derecho a la migración con el arma de la ley y el pretexto de la responsabilidad, ellos son los fascistas de hoy en día. La cuestión es establecer quién no está implicado, al menos en parte, en la legitimación del fascismo como método, es decir, cuánto fascismo hay en los que se creen antifascistas. El riesgo es afirmar que si todo es fascismo, nada lo es. Porque no es así. No todo es fascismo, pero el fascismo tiene la fantástica capacidad, si no estamos en guardia constantemente, de contaminarlo todo.

Agradecimientos

Alessandro Giammei, impulsor de muchas de mis elecciones, ha planteado también esta vez la pregunta que ha dado impulso a mi reflexión sobre el tema del fascismo como método. Giacomo Papi y Michele Alberico me han regalado su lucidez transversal en varias ocasiones y me han ayudado a enfocar mejor el tema y sus argumentaciones, al igual que ha hecho Leonardo Caffo desde su punto de vista de militante. El talento partisano de Marco Brinzi me ha servido para concretar la necesidad política de expresar públicamente mis ideas, mientras que el espíritu de frontera de Veronica Cruciani ha abierto los resquicios para que me planteara hacerlo. El debate político cotidiano con Omar Onnis, Federica Serra Pala y Luigi Cocco ha sido de inestimable ayuda. Por último, la intuición frenética de Daniele Luchetti me ha sugerido el título de este libro. Pero ninguna de estas semillas habría dado fruto si no hubiera caído en el terreno fértil de la rígida educación democrática que me ha dado Costanza Marongiu, mi madre antifascista.

Instrucciones para convertirse en fascista
Michela Murgia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Istruzioni per diventare fascisti*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, © Keystone - Getty Images

© Giulio Einaudi editore s.p.a., Turín, 2018
Publicado de acuerdo con Agenzia Letteraria Kalama, Cagliari
© de la traducción, Ana Ciurans Ferrándiz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-322-3515-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

INSTRUCCIONES PARA CONVERTIRSE EN fascista

MICHELA MURGIA

Seix Barral